

Franco Nascimbene

**“HE VENIDO A TRAER FUEGO
A LA TIERRA”**

Conflictos en mi vida misionera

CUBIERTA: Manifestación a raíz del asesinato racista de una mujer negra. Quito, 1997.

Entre los participantes: P. Franco Nascimbene, Mons. Eugenio Arellano (obispo de Esmeraldas) y P. Rafael Savoia.

Título original: "HE VENIDO A TRAER FUEGO A LA TIERRA". Los conflictos en mi vida misionera.

2020 EDITORIAL CATÓLICA SINFRONTERAS

Calle 42 No. 13 - 50

Bogotá - Colombia

Telf: 245 47 54 - 245 33 52; Fax: 245 47 63

E-mail: administracion@combonianos.org.co

www.combonianos.org.co

"HE VENIDO A TRAER FUEGO A LA TIERRA"

P. Franco Nascimbene

ISBN: 978-958-9277-67-6

Diagramación: P. Francisco Carrera

Impreso en Colombia por: Induprint S.A.S.

Franco Nascimbene

**"HE VENIDO A TRAER
FUEGO A LA TIERRA"**

Los conflictos en mi vida misionera

Índice

Introducción	7
1. Unos conflictos en el Antiguo Testamento	9
2. Los conflictos en la vida de Jesús	15
3. Los conflictos de las primeras comunidades cristianas	19
4. Conflictos de mi juventud	25
5. Chinca: el pueblo donde era mejor vivir como vacas que como gente	31
6. Lucha por un maestro	37
7. Que haya luz... y hubo luz	43
8. Un conflicto que dio a luz una nueva vocación	47
9. Defensa de un espacio para la comunidad	53
10. En defensa de la vida	59
11. Sacados por el obispo	63
12. Conflicto con el provincial	69
13. Me sacaron de la casa	73
14. Una incursión en política	85
15. Los negros hablaron en el congreso de la republica ..	89
16. Contra la trata de nigerianas	93
17. Pelea con el alcalde	99
18. Nueve días encadenados	103
19. En marcha hacia la capital	115
20. Otro no a la inserción	119
21. Paramilitares asesinos	123
22. Menores de edad prostitutas	127
23. ¿Mejor hacer obras o vivir la fraternidad?	131
24. Tierra pa' mi pueblo	135
25. Amenazas paramilitares	141
26. Dos conflictos en silencio	145
Conclusión	151

EL AUTOR

Franco Nascimbene nace en Malnate (norte de Italia) el 2 de octubre de 1953.

A los 19 años entra en el instituto de los Misioneros Combonianos. En 1979 es ordenado sacerdote.

Dedica sus primeros 4 años de sacerdocio a la animación vocacional entre jóvenes en Italia.

En 1983 sale para Ecuador, donde permanece hasta 1998: los primeros 7 años en la selva de Esmeraldas y los siguientes 8 años en las periferias de Guayaquil y de Quito, promoviendo pequeñas comunidades entre Afro-ecuatorianos.

Después vuelve a Europa donde trabaja entre inmigrantes africanos en Italia durante 7 años.

Desde 2005 vive en Colombia y ha pasado la mayoría de estos años en la periferia de la ciudad de Tumaco (Nariño), acompañando a comunidades de negros desplazados.

INTRODUCCION

Me llama la atención que, cuando en el tiempo de Cuaresma pregunto a la gente "¿Por qué murió Jesús?", la respuesta es casi siempre la misma: "Jesús murió para salvarnos".

No creo que la respuesta sea equivocada, pero sí pienso que es, por lo menos, una respuesta parcial.

La llamo parcial porque esa respuesta no da cuenta de cuáles han sido las causas que llevaron a Jesús a ser asesinado.

Fue Jesús quien, en el Evangelio de Lucas 12,49-53, había afirmado:

"He venido a traer fuego a la tierra y ¡Cuánto desearía que ya estuviera ardiendo! ¿Creen ustedes que he venido a traer paz a la tierra? Les digo que no; más bien he venido a traer división. Pues de ahora en adelante hasta en una casa de cinco personas habrá división, tres contra dos y dos contra tres, el padre estará contra el hijo y el hijo contra el padre, la madre contra la hija y la hija contra la madre..."

Cuando se proclama este texto en la Iglesia, la gente

queda siempre como medio asustada y se pregunta qué le habrá pasado a Jesús ese día para decir tales cosas, ya que estamos acostumbrados a escuchar a un Jesús que anuncia la paz, que habla de amor, que promueve la reconciliación, que invita al perdón, y nos desconcierta un Jesús que en ese texto parece promover las divisiones, las peleas, los conflictos.

La pregunta a la cual quiero intentar responder con este libro es exactamente esta: ¿Por qué Jesús habló así?

Y lo haré analizando ante todo unos textos bíblicos del Antiguo y del Nuevo Testamento y luego contándoles cómo, a lo largo de cuarenta años de vida misionera en Ecuador, en Italia y en Colombia he intentado traer fuego a la tierra, siguiendo la invitación que Jesús nos hace en el texto que acabamos de leer.

P. Franco

CAPITULO 1

UNOS CONFLICTOS EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

A lo largo del Antiguo Testamento los conflictos son muy numerosos y son determinados por causas muy distintas, pero la mayor parte de las veces lo que mueve a los profetas a intervenir, a levantar la voz, a poner gestos alternativos y hasta a armar peleas, es la defensa de los derechos del pobre o la defensa de la fe en un solo Dios (monoteísmo).

Cuando uno analiza los casos en los cuales el problema está en la fe en el único Dios, el Dios de Abram, de Isaac y de Jacob, casi siempre descubre que creer en otros dioses trae como consecuencia el atropello de la dignidad del pobre, así que la lucha de los profetas por el monoteísmo se vuelve, una vez más, una opción por los pobres, una lucha para que el pobre tenga una vida plena.

Entre los muchos casos que podríamos analizar, les propongo de quedarnos brevemente sobre tres de esos grandes profetas.

1) Éxodo 3

Se trata de Moisés. Normalmente Moisés no está en la lista de los profetas del Antiguo Testamento, pero su vida, su palabra, su actuar han sido profundamente proféticos.

Moisés hacía parte del pueblo de Israel que llevaba centenares de años esclavo de los egipcios. De joven, había tenido un primer conflicto fuerte con las autoridades egipcias que lo había llevado a huir lejos para salvar su vida. En esa nueva tierra había reconstruido su existencia: había encontrado esposa, había conseguido trabajo, tenía sus hijos.

Pero siempre había quedado dentro de él el sufrimiento de saber que en Egipto sus familiares y su pueblo seguían esclavos.

Ese día, del cual nos habla el libro del Éxodo, en un encuentro con Dios que se había manifestado en una zarza ardiendo, Moisés descubre, siente que no puede seguir viviendo tranquilo, mientras su pueblo sufre y se siente llamado por Dios a volver a Egipto, a hacer causa común con su gente, a ayudar a su pueblo a organizarse y, junto a ellos, a enfrentarse con el Faraón hasta conseguir la liberación de su pueblo.

Será una lucha larga y dura, por un lado, contra la autoridad egipcia que no quería perder a sus esclavos y, por otro lado, con su mismo pueblo, que en diferentes

ocasiones pareció preferir la seguridad de una vida esclava, que por lo menos les aseguraba la comida diaria, al riesgo de ponerse en camino por el desierto sin saber exactamente hacia donde iban y si habrían encontrado algo que comer cada día.

Pero la fidelidad de Moisés a su Dios liberador y su paciencia con un pueblo de dura cerviz le permitió después de años de luchas llevar a su gente hasta las puertas de la tierra que Dios les había prometido

El conflicto victorioso que Moisés vivió contra las autoridades egipcias quedará hasta hoy como un constante punto de referencia en la vida del pueblo de Israel.

2) 1 Reyes 21

Se trata del profeta Elías. Al rey del pueblo de Israel, que se llamaba Ajab, a pesar de ser ya propietario de mucha tierra, se le había antojado comprar la tierra de Nabot que tenía su finquita justo al lado del palacio del rey.

Nabot, fiel a la tradición de Israel de no vender la tierra que pertenecía desde hace siglos a su familia, le dijo al rey que no se la iba a vender

El rey, sintiéndose ofendido por el rechazo de Nabot y empujado por el consejo de su esposa, organizó un juicio público contra Nabot, acusándolo de haber hablado mal del rey y de Dios mismo.

Todo eso era mentira, pero Ajab consiguió que lo condenaran a muerte y el pobre Nabot, sin ninguna culpa, fue apedreado y matado para que el rey pudiera apropiarse de su finca.

El profeta Elías, llamado por Dios a intervenir, tuvo el valor de enfrentarse al rey y de anunciarle un terrible castigo de parte de Dios por haber matado a Nabot y haberse apropiado de la herencia familiar del asesinado.

3) Isaías 10,1-4 y 58,1-9

En estos dos textos, encontramos al profeta Isaías que, en muchas ocasiones a lo largo de su vida, tomó posiciones conflictivas para defender los derechos del pobre.

En el primer texto lo encontramos criticando a los que hacían leyes injustas, dejando sin protección a los pobres del país y dejando a los huérfanos y a las viudas sin lo necesario para vivir.

En el segundo texto, cuando los Israelitas se quejaban de percibir que Dios los había abandonado y no los escuchaba a pesar de sus muchos ayunos, les recuerda que el verdadero ayuno, el ayuno que le gusta a Dios, consiste en romper las cadenas injustas, dejar libres a los oprimidos, compartir el pan con el hambriento, acoger en su casa a los pobres sin techo, vestir al desnudo y no volver la espalda a su hermano.

Solo entonces, nos dirá Isaías, tu luz surgirá como la aurora, tus heridas sanarán rápidamente, y cuando llames a Dios Él te contestará: “Aquí estoy”. Si en tu casa no hay más gente explotada, si apartas el gesto amenazante, si das al hambriento lo que deseas para ti y sacias al hombre oprimido, brillará tu luz en las tinieblas y tu oscuridad se volverá como la claridad del mediodía.

Con estas intervenciones, Isaías ayudaba a la gente a no quedarse en gestos exteriores y rituales, sino a comprometerse en acciones concretas para transformar una sociedad que creaba exclusión y marginalidad.

Su conflicto, en este caso, no era contra las autoridades, sino contra la misma gente que no había entendido que lo que le importaba a Dios era la vida y la dignidad del pobre.

"He venido a traer fuego a la tierra"

CAPITULO 2

LOS CONFLICTOS EN LA VIDA DE JESÚS

Jesús había nacido dentro del pueblo de Israel, había sido educado por María y José según las tradiciones de su pueblo, había escuchado sábado a sábado en la Sinagoga de Nazaret la Palabra de Dios que cada semana era proclamada y explicada.

Pero, cuando alrededor de los treinta años, comenzó su vida pública, vemos a Jesús hacer suyas algunas de las tradiciones de su pueblo como, por ejemplo, la experiencia de las tribus de Israel en la que la gente vivía una relación igualitaria, compartiendo la tierra, sin ricos ni pobres, sin rey, sin ejército y sin impuestos para mantener las estructuras del palacio real.

Así mismo, había hecho suya la tradición profética que defendía la causa de los pobres y soñaba con un mundo de fraternidad universal.

Pero al entrar en su vida pública, Jesús mantiene las distancias frente a otras tradiciones de su pueblo que, según Él, no se correspondían con el proyecto del Padre de una vida plena para todos. Eso lo llevó a entrar en conflicto con varios grupos de su tiempo y fueron estos conflictos los que lo llevaron a la cruz.

Veamos unos textos evangélicos que nos muestran como Jesús, con su predicación y con su palabra, entró en conflicto con aquellos que negaban, por sus opciones, el proyecto de vida que el Padre lo había enviado a anunciar.

El primer conflicto fue con los RICOS, los Saduceos, los terratenientes que se habían enriquecido creando alrededor de ellos pobreza y miseria. Eso aparece muy claro en Lucas 16,19-31, donde se presenta a uno de estos ricos que banqueteara cada día sin apiadarse del pobre Lázaro que, lleno de llagas, estaba sentado a su puerta, esperando inútilmente que le compartieran algo.

Jesús toma una posición clara: Dios está de parte de Lázaro, que en la otra vida irá al banquete del cielo, mientras el rico irá al castigo eterno.

En otro texto, en la misma línea, Jesús dirá claramente que no se puede servir al mismo tiempo a Dios y a la riqueza.

El segundo conflicto de Jesús será con los PODEROSOS, que usaban su poder no para servir a la gente, sino para llenar su propio bolsillo.

La mamá de Juan y Santiago pidió a Jesús los primeros puestos para sus hijos cuando llegue a su Reino (Mateo 20,25-28).

Jesús contestará: Ustedes saben que los gobernantes de las naciones actúan como dictadores y los que ocupan cargos abusan de su autoridad. Pero no será así entre ustedes. Al contrario, el que de ustedes quiere ser grande, que se haga el servidor de ustedes, y si alguno de ustedes quiere ser el primero, que se haga el esclavo de todos. Hagan como el Hijo del Hombre, que no vino a ser servido sino a servir y dar su vida en rescate por una muchedumbre.

El tercer grupo con los cuales Jesús entró en conflicto fue el de los SACERDOTES del Templo de Jerusalén, que lo habían transformado en un lugar de explotación. Imponían a la gente el cumplimiento de centenares de normas y cada vez que uno no cumplía con una de ellas tenía que ir al Templo a hacer una ofrenda (harina, cabritos...), que era ofrecida a Dios para conseguir el perdón de sus pecados.

Los sacerdotes tenían el control de la venta de todo lo que se necesitaba para el sacrificio, lo que se había vuelto un gran negocio a la espalda de los pobres del país.

Cuando Jesús se dio cuenta de que el Templo, que había nacido para ser lugar de oración, había sido transformado en un lugar de negocio, organizó una protesta pública, entrando en él con sus apóstoles y tirando al aire todos los bancos donde se vendía lo necesario para los sacrificios, y gritó "Ustedes han transformado el lugar de oración en una cueva de ladrones" (Lucas 11,15-19).

El cuarto conflicto del que nos habla el Evangelio tiene que ver con los ESCRIBAS y FARISEOS, con los hipócritas que Jesús llama raza de víboras y sepulcros

blaqueados, porque por fuera se manifestaban perfectos, cumplidores de las leyes, pero por dentro su vida no correspondía con lo que ellos decían ser (Mateo 23,1-7).

Jesús mantiene la distancia con ellos porque eran falsos y querían hacer creer a la gente lo que no era.

Los llamaba a ser coherentes con lo que decían, a cumplir con lo que exigían que los demás vivieran.

Uno de los motivos más fuerte de conflicto con ellos fue el hecho de que Jesús reclamaba su derecho de curar a los enfermos el día sábado, cosa que ellos prohibían (Marcos 3,1-6).

El quinto grupo de personas con los cuales Jesús entra en conflicto son los VIOLENTOS.

Había dos tipos de violentos: los que pertenecían al ejército romano y mantenían por medio de la fuerza de las armas el poderío del imperio, hiriendo y matando a la gente, y los que pertenecían al grupo de los Zelotes, que querían por medio de una guerra de guerrillas alejar a los romanos de Israel.

En ambos casos usaban la violencia para conseguir sus objetivos.

En el texto de Lucas 22, 49-51, cuando los soldados iban a arrestar a Jesús, Pedro sacó un machete y le cortó la oreja a uno de ellos para defender a su Maestro.

Jesús intervino diciendo que no estaba de acuerdo con el uso de la violencia, aunque fuera con un buen fin, y le sanó la oreja al herido.

Los cinco grupos de personas que he nombrado, molestos por la palabra de Jesús que cuestionaba su actuar, terminaron por ponerse de acuerdo para cerrarle la boca, clavándolo en una cruz.

CAPITULO 3

LOS CONFLICTOS DE LAS PRIMERAS COMUNIDADES CRISTIANAS

Cómo Jesús lo había anunciado durante los tres años de su vida pública, las primeras comunidades cristianas tuvieron que pasar por muchos conflictos y fueron víctimas de muchas persecuciones.

En este capítulo, veremos unos ejemplos, entre los muchos de los que el Nuevo Testamento nos presenta, que están relacionados con los apóstoles Pedro, Pablo y Juan.

Dos conflictos de Pedro

El primero lo encontramos en el capítulo 2 de los Hechos de los Apóstoles.

Después de la Resurrección del Señor, Pedro y los hermanos vivieron la experiencia de Pentecostés que

l@s dejó llenos del Espíritu Santo y libres ya de todo miedo.

Pedro, saliendo del Cenáculo, donde había recibido la fuerza del Espíritu, se puso a hablar frente a un gran grupo de gente que había llegado a Jerusalén para la fiesta judía de Pentecostés y les dijo con mucha valentía que ellos habían sido los asesinos de Jesús, pero que el Padre lo había resucitado de entre los muertos (Hechos 2,22-24).

Otro conflicto lo encontramos, siempre en el libro de los Hechos, en el capítulo 4.

Junto a Juan, Pedro se había encontrado en la puerta del Templo de Jerusalén con un cojo que pedía limosna y le había dicho: “No tengo oro ni plata, pero lo que tengo te lo doy: en nombre de Jesús el Nazareno, levántate y camina”.

El cojo se había levantado ya sano y, frente a la gente asombrada por el milagro, Pedro explicó que el prodigio no había sido obra suya, sino de Jesucristo que, asesinado por ellos, había sido resucitado por el Padre.

Todo ese asunto no les había gustado a las autoridades judías, que creían haberse librado de Jesús después de la crucifixión, y decidieron arrestar a Pedro y a Juan y prohibirles seguir hablando de Jesús.

Frente a esa prohibición, Pedro no tuvo miedo de enfrentárseles diciéndo: “¿Les parece justo ante Dios que les obedezcamos a ustedes antes que a Él? Nosotros no podemos dejar de anunciar lo que hemos visto y oído” (Hechos 4, 13-22).

Frente a la valentía de los dos apóstoles, las autorida-

des, por miedo a la reacción de la gente que había sido testigo del milagro, decidieron dejarlos libres.

Conflictos de Pablo

Seguimos en el libro de Los Hechos de los Apóstoles y encontramos a Pablo, junto a su compañero Silas, en la ciudad de Filipos. Estamos en el capítulo 16.

Pablo se encuentra con una muchacha que, nos dicen los Hechos, tenía un espíritu adivinador que les procuraba muchas ganancias a sus amos.

La muchacha seguía por donde quiera a los apóstoles, repitiendo a cada rato que eran siervos de Dios altísimo y que estaban anunciando el camino de salvación.

Al final, Pablo se cansó y le dijo al espíritu que en nombre de Jesucristo saliera de adentro de la muchacha. El espíritu la abandonó, pero este hecho les perjudicó a sus amos que ya no podían hacer dinero con la muchacha. Estos los denunciaron frente a las autoridades, acusándolos de difundir costumbres que los romanos no podían aceptar ni practicar.

Las autoridades los mandaron desnudar, les hicieron dar muchos palos y los metieron a la cárcel (Hechos 16, 16-24).

La segunda carta a los Corintios nos cuenta que esa experiencia, de ser arrestados, de ser apaleados o apedreados y de ser metido a la cárcel se repitió muchas veces en la vida apostólica de Pablo.

Nos dice Pablo mismo en 2Corintios 6, 3-10 que, durante su experiencia misionera, tuvo que padecer muchos sufrimientos, estrecheces, angustias, golpes, cárce-

les, motines, fatigas, calumnias, noches sin dormir, días sin comer...

El gran conflicto del Apocalipsis

Muchos cristianos, cuando intentamos leer el libro del Apocalipsis, lo dejamos sin terminar porque nos da miedo o porque no entendemos lo que quiere decirnos.

Estamos al final del primer siglo después de Cristo y las comunidades cristianas están sufriendo tiempos de persecuciones de parte del imperio romano porque el anuncio de Jesús resucitado y de su proyecto de construcción de una sociedad de hermanos entraban en conflicto con los intereses dominadores de Roma.

El autor del libro (tal vez el apóstol Juan) toma una clara posición a favor de las comunidades cristianas e intenta mantener viva su esperanza anunciando la próxima caída del imperio que las está persiguiendo y lo hace con una serie de imágenes, símbolos, números y colores que a nosotros hoy nos cuesta entender, que los amigos del emperador no entendían, pero que los cristianos entendían porque eran parte de su cultura y que los ayudaba a seguir firmes en la fe, fieles al Señor Jesús, comprometidos en construir un mundo de fraternidad.

Por ejemplo, el capítulo 12 nos presenta a la comunidad cristiana, representada por una mujer que está a punto de dar a luz un mundo nuevo de solidaridad entre hermanos. Y nos dice que el imperio romano, representado por un dragón, intenta matarla a ella y al fruto de su vientre, pero Dios interviene, la salva del odio del dragón y la protege y alimenta por todo el tiempo que lo

necesite.

Con estas y muchas otras palabras de aliento, el autor ayudó durante décadas a los cristianos perseguidos por el imperio romano a seguir firmes en su compromiso y a asumir el conflicto con valentía, seguros de que el Resucitado estaba siempre a su lado.

“He venido a traer fuego a la tierra”

CAPITULO 4

CONFLICTOS DE MI JUVENTUD

(Italia 1965-1975)

Después de los anteriores tres capítulos en los cuales he brevemente analizado algunos de los muchos conflictos que han vivido aquellos que deseaban ser fieles discípulos de Dios en el Antiguo Testamento, en la vida de Jesús y en aquella de la primera comunidad cristiana, quiero ahora entrar a contarles como el conflicto ha acompañado muchas veces mi vida misionera.

Nacido en 1953 en un pueblo del norte de Italia, he crecido en el interior de una familia adinerada donde nunca ha faltado nada, en una linda y grande casa y donde el deseo de mis papás era verme estudiar medicina, para seguir la carrera de mi padre, o prepararme para alguna otra carrera que me habría permitido seguir vi-

viendo en la clase medio-alta donde había nacido.

Como a muchos adolescentes les pasa, a los 15 años atravesé una fuerte crisis porque todo lo que me rodeaba me aburría: no me gustaba ir al colegio, era tímido, tenía pocos amigos y la vida burguesa de mi familia no llenaba mi corazón.

Hubo dos hechos que dieron una nueva luz a mi vida.

Un día, mi padrino de bautismo, que a menudo dedicaba su tiempo libre a visitar a los enfermos, me invitó a acompañarlo en la visita a un muchacho de 15 años que estaba desde muy chiquito en silla de ruedas.

Pasé dos horas con Máximo y luego mi padrino me propuso seguir visitándolo todas las semanas. Yo empecé a pasar las tardes del jueves en la casa de Máximo.

Cecilia, una compañera de salón del colegio, me contó que ella era miembro de un grupo de jóvenes que cada sábado dedicaba la tarde a trabajar para recoger fondos para ayudar a gente necesitada. La cosa me llamó la atención y empecé a ir cada sábado al pueblo de Cecilia para trabajar con ellos. Después de unas semanas, con otros amigos empezamos a hacer lo mismo en mi pueblo.

Después de un tiempo, me di cuenta de que los dos momentos más lindos de mi vida se habían vuelto la tarde del jueves en la casa de Máximo y la tarde del sábado trabajando con mis amigos para ayudar a otras personas más necesitadas.

Fue en ese momento cuando descubrí el texto del Evangelio que dice que cuando dejas tus asuntos personales para hacer algo por los demás, recibes cien veces

más en esta vida (Mateo 19, 16-30).

Me di cuenta de que cuando dedicaba mi tiempo a los demás superaba mi crisis y era feliz. Con mis compañeros, nos metimos a comprar y estudiar unos libros que nos ayudaran a entender por qué en el mundo hay ricos y pobres. Al final de aquel estudio, nos dimos cuenta de que más bien se trataba por un lado de empobrecidos y por el otro lado de enriquecidos, que se habían hecho ricos empobreciendo a otros.

Empezó así a nacerme el deseo de ir a compartir mi vida con alguna población empobrecida del mundo para poder ser en medio de ellos levadura, ayudándolos a tomar conciencia de sus derechos y a organizarse para crear unas relaciones más justas y fraternas.

Y fue así como, a los 19 años de edad, el haber descubierto que encontraba mi felicidad entregándome a los demás (y con eso me iba naciendo el deseo de comunicar a todos lo que había descubierto) y el deseo de ir a compartir la vida de un pueblo empobrecido para hacer causa común con ellos, para buscar con ellos como salir de esa situación, me llevaron a descubrir mi vocación a una vida misionera.

¿Todo lo que les conté en estas últimas páginas era un conflicto?

Si por conflicto se entiende levantar la voz, pelear, dar golpes y denunciar, tal vez no, pero seguramente se trató de un conflicto interior que me acompañó desde los 15 hasta los 18 años, entre el tipo de vida que el medio en el cual vivía me estaba ofreciendo y la llamada que Dios, poquito a poco, me había manifestado y que me

había entusiasmado y calentado el corazón.

Muchos de los conflictos que tendría después, a lo largo de los siguientes 50 años, tendrán sus orígenes y hundirán sus raíces en este deseo de escuchar el grito de los empobrecidos y de lanzarme a su servicio.

Así fue como, en octubre del año 1972, ingresé en una casa de formación de los Misioneros Combonianos, donde me pareció encontrar un espacio adecuado donde vivir mi vocación.

Los años de formación fueron siete y de ese tiempo quiero recordar uno de los conflictos que viví.

Era el año 1975 y estaba viviendo la fase formativa llamada noviciado. Vivíamos en un pueblo del norte de Italia, cerca de mi pueblo natal, en el interior de un gran castillo ubicado en un lindo parque.

En las charlas formativas se nos hablaba de la vida de pobreza, de compartir la vida de los pobres, y con un grupo de compañeros nos preguntábamos por qué mientras se hablaba de esas cosas se estaba viviendo en un ambiente tan elegante y tan lejos de la realidad de los pobres.

Una cosa que nos molestaba mucho era que, además, en la puerta de nuestro parque había sido puesto un letrero que decía “privado”.

Cuando les decíamos estas cosas a los superiores, nos dejaban hablar, pero no respondían de forma satisfactoria a nuestras inquietudes.

Fue así que, una noche, unos cinco de nosotros -entre ellos estaba Ezequiel Ramin, que diez años más tarde será asesinado en Brasil durante un conflicto entre terra-

tenientes y trabajadores de sus haciendas- nos levantamos a las 11 de la noche y decidimos hacer una pequeña acción de protesta.

Despegamos el letrero que decía "privado", lo rompimos en pedacitos y lo enterramos en el parque.

Cuando los superiores se dieron cuenta, intentaron averiguar quienes habían sido los autores de aquella acción, pero, aunque tuvieran sus sospechas, nunca llegaron a descubrirnos y nosotros preferimos no hablar porque queríamos seguir con nuestro camino misionero.

“He venido a traer fuego a la tierra”

CAPITULO 5

CHINCA: EL PUEBLO DONDE ERA MEJOR VIVIR COMO VACAS QUE COMO GENTE

Durante mi vida en Esmeraldas-Ecuador (1983-1990)

En el año 1983, fui enviado a Ecuador donde me destinaron a vivir mi vida misionera como miembro de un equipo pastoral compuesto por tres Combonianos, cinco hermanas Salesias y una pareja de laicos. Estábamos ubicados en el pueblo de Viche, en la provincia de Esmeraldas.

Viche era un pueblo chiquito que apenas llegaba a unos mil habitantes cuando yo llegué allá y desde ese pueblo atendíamos unas 50 veredas (recintos), que se encontraban de 1 a 10 horas de camino desde el centro, en la selva.

La población era por mitad afro y por mitad mestiza; había una sola pequeña comunidad de indígenas.

Lo más del tiempo lo pasábamos en el campo, visitando las comunidades. El resto del tiempo lo dedicábamos a cursos de formación de líderes para que las comunidades pudieran caminar solitas, sin nuestra presencia, ya que solo conseguíamos llegar a cada una de ellas cuatro veces al año. Así habían nacido líderes de comunidades de adultos, catequistas para los muchachos, líderes juveniles, promotores de salud, promotores de educación, etc.

Las visitas eran cortas, pero un año decidimos visitarlas una vez menos, pero permaneciendo tres días en cada una de las comunidades para poder visitar, casa por casa, a todas las familias y conocer más a fondo la realidad que se vivía.

Con ese propósito llegué al pueblo de Chinca. El pueblo era muy chiquito, compuesto por unas 25 casas que se encontraban a la orilla del río Esmeraldas. No llegaba al pueblo ningún tipo de carretera, sino que para alcanzarlo había que cruzar el río en canoa.

En el pueblo, había una capillita construida hacía ya unos 10 años y fue ahí donde me hospedaba en la noche, mientras que para la comida me alimentaba de lo que las familias del pueblo me ofrecían.

Comencé la visita a las 25 familias pasando un buen rato en cada casa, conversando un poco de todo y dándome cuenta, un poco a la vez, de la realidad que se vivía en el pueblo.

Ninguna de las familias de ese pueblo poseía finca,

sino que todos trabajaban en un terreno de miles de hectáreas que rodeaba el pueblo, propiedad de un señor que vivía en la ciudad de Esmeraldas. También me di una vuelta por la finca y visité varios lugares donde se encontraban los miles de cabezas de ganado que vivían en esos potreros. Me vino espontáneo comparar las condiciones de vida de las vacas y las de los trabajadores de ese pueblo y se me ocurrió la idea de publicar en el periódico de la diócesis de Esmeraldas las conclusiones a las que había llegado.

El artículo decía lo siguiente:

1) En el pueblo de Chinca, la gente no tiene servicio de agua potable, pero en cada uno de los potreros de sus alrededores hay depósitos de agua aprovisionados por motobombas para que las vacas tengan siempre agua a su disposición.

2) En el pueblo de Chinca, no hay servicio de luz eléctrica, pero en todos los potreros hay unos corrales y estos están iluminados toda la noche para que las vacas produzcan más leche.

3) En el pueblo de Chinca, no hay centro de salud, pero cuando una vaca se enferma inmediatamente llega un veterinario a curarla porque si muriera el patrón perdería dinero.

4) La gente del pueblo de Chinca, cuando tiene que cruzar el río, usa unas canoitas de remos o de palanca, mientras las vacas cruzan el río en canoa de motor.

5) El dueño de las vacas es también dueño de una tienda en el pueblo donde la gente va a comprar comida, mientras las vacas comen gratis en los potreros.

6) El pueblo está rodeado por alambre de púa para que las vacas no se metan en él, pero la impresión que da al visitante es que es la gente la que está encarcelada adentro del alambre de púa, mientras que las vacas se mueven libremente en los miles de hectáreas de los potreros que rodean a Chinca.

La conclusión que yo sacaba de todo lo que había visto es la del título de este capítulo, que en Chinca era **MEJOR VIVIR COMO VACA QUE COMO GENTE**.

Además, había descubierto que el dueño de las vacas, que vivía en Esmeraldas, iba todos los domingos a Misa y acababa de regalar varios millones a su parroquia para arreglar la iglesia

Me permití recordar en el artículo que la Biblia dice que a Dios no le gustan las ofrendas hechas con dinero sacado de relaciones laborales injustas, que Dios no acepta ofrendas que cuestan la sangre de los pobres (Eclesiástico 34, 18-22).

El Obispo aceptó publicar el artículo que pronto llegó a manos del dueño de las vacas. El señor se puso bravísimo: fue donde el Obispo pidiéndole que me sacara de esa parroquia, pero él me respaldó. Luego, ese señor fue a Quito, la capital, a pedir que me quitaran la visa para vivir en Ecuador, pero no lo consiguió. Finalmente avisó a la comunidad de Chinca que no me permitiría más ir a “su” pueblo. Los animadores fueron a avisarme invitándome a no volver por un tiempo allí. No consiguieron convencerme y, a los 15 días, volví a celebrar Misa en la capilla de Chinca.

Desde el altar, vi al patrón pasar tres veces a caballo

delante de la capilla durante la Misa, pero no pasó nada: aprendí que cuando quieren darte miedo con amenazas, la mayor parte del tiempo es suficiente parársele duro por delante y las amenazas se quedan solo en palabras...

“He venido a traer fuego a la tierra”

CAPITULO 6

LUCHA POR UN MAESTRO

Visitando las 50 comunidades rurales de nuestra parroquia, el problema más grande que encontramos fue el mal funcionamiento del sistema escolar.

En los distintos pueblitos y veredas de la selva, era la gente misma la que construía su escuela: unas eran de cañita, otras de madera, las más lujosas de bloques y de cemento. Los techos estaban hechos de hojas vegetales o de hojas de zinc. Unas escuelas tenían solo el techo, sin paredes ni piso.

En unas escuelas, los padres de familia habían construido unos banquitos para los muchachos, en otras los niños seguían las clases sentados en el piso, que en muchas de ellas estaba hecho de tierra.

Pero el problema más grave no era la estructura física

del local escolar, sino la escasa asistencia de los profesores.

Eran los padres de familia los que iban a la Dirección Provincial de Educación a presentar una lista de potenciales alumnos y pedir que la dirección les enviara uno o dos profesores, según el número de los niños.

La dirección hacía el nombramiento y, a partir de aquel día, se suponía que el profesor designado, recibiendo su sueldo mensual, habría tenido que ir cada día a dar 5 o 6 horas de clase cada mañana.

La situación física de la zona era muy difícil. Para alcanzar las comunidades más afortunadas, solo se trataba de gastar un poco de dinero en canoas de motor, pero para alcanzar la mayoría de las escuelas, los maestros tenían que caminar dos, tres y hasta cinco horas a pie, muchas veces metidos en el lodo hasta la rodilla, bajo fuertes aguaceros o bajo un sol feroz.

Hacer eso todos los días se volvía muy duro, casi imposible; por eso, los padres de familia buscaban facilitarles la vida ofreciéndoles un caballo o la posibilidad de quedarse a dormir en la comunidad de lunes a viernes. Unas comunidades se ofrecían a darles la comida gratis.

Pero, a pesar de todos estos esfuerzos de parte de la comunidad, muchos maestros no querían trabajar en aquellas condiciones y hacían lo imposible para ser trasladados a escuelas de más fácil acceso, dejando abandonadas las más alejadas.

Es así como había profesores que llegaban a la escuela el lunes al mediodía y se iban el jueves al medio día, haciendo perder a los muchachos dos días de escuela

semanales. Había otros que daban clase solo de 9 a 11 para poder subir y bajar a la ciudad cada día.

Conocí a más de un maestro que el lunes no llegaba, así que los muchachos, viendo que no había llegado, el martes no iban a clase. El maestro llegaba el martes y, no encontrando a los alumnos, informaba a la Dirección de Educación que ahí no había alumnos, para que cerraran la escuela y él fuera trasladado a la ciudad.

Frente a toda esa problemática, que no era solo de nuestra parroquia sino de toda la provincia, intentamos reunirnos con los padres de familia para estudiar juntos una estrategia que permitiera que las escuelas funcionaran mejor.

Salió la siguiente iniciativa: fuimos a hablar con la Dirección Provincial de Educación, les contamos todas las cosas que estaban pasando en las escuelitas de la selva y les hicimos una propuesta. Íbamos a preparar una hojita mensual para cada profesor y los padres de familia encargaban a uno de ellos anotar en ella si el profesor había llegado a dar clase, a qué hora había empezado y a qué hora había despedido a los muchachos.

Las hojas serían entregadas cada mes a la Dirección de Educación, que les habría rebajado del sueldo a los profesores todos los días y horas no trabajados. En el caso de que no dejaran de fallar, les quitarían el trabajo.

La Dirección de Educación aceptó nuestras propuestas y, después de unos meses, en centenares de escuelitas comenzó a funcionar el sistema de control de los profesores.

Unos padres de familia tuvieron unos problemas con

los profesores, a otros los amenazaron, a nosotros nos miraban mal por saber que estábamos detrás de todos esos trámites, pero la cosa comenzó a dar resultados y varios profesores, para no perder su sueldo, comenzaron a ser más cumplidos.

Mientras tanto, en las varias parroquias de la selva seguimos reuniendo a los padres de familia para seguir motivándolos en su lucha y para capacitarlos más sobre sus derechos y los de sus hijos.

De esos años de lucha, me ha quedado sobre todo el recuerdo de una persona. Su conversión fue tan profunda que, aunque no hubiera habido otras, daría sentido a toda mi vida misionera. Se llamaba Guillermo, era negro. Lo conocí cuando tenía unos 36 o 38 años y vivía en una comunidad de nombre Estero Seco. Tenía una mujer, Sergia, y una hija chiquita, Zeneida.

Cuando lo conocí no participaba en nada de la vida de su comunidad, no iba a la capilla, solo se ocupaba de su finquita y de su trago del fin de semana con los amigos.

Organizamos una misión de 15 días con las Hermanas en aquella comunidad. Durante esos días las Hermanas se hicieron amigas de Guillermo, que terminó pidiendo prepararse al Bautismo. Hubo un tiempo de preparación, lo bauticé y a los pocos días recibió la Primera Comuni3n, luego la Confirmaci3n y, finalmente, se cas3 con Sergia.

Fue un Bautismo que cambi3 su vida. Guillermo dej3 el trago, despu3s de unos meses se volvi3 animador de la comunidad de adultos de su vereda, comenz3 a comprometerse con la lucha por una escuela que funcionara no solo en su recinto, sino que entr3 en la directiva pro-

vincial de aquellos que estaban comprometidos en esa lucha. Nos volvimos muy amigos y se convirtió en uno de los pilares del camino de toda la parroquia, yendo de vez en cuando como misionero a animar a otras familias y a otras comunidades.

Después de 7 años en esa parroquia fui cambiado a otro lugar. Qué lindo fue cuando, después de unos 20 años, tuve ocasión de hacer una breve visita por aquel sector. Volví a encontrarme con Guillermo, ya canoso, ya abuelo: se había vuelto el coordinador provincial de APAFAE (así se llamaba la organización de los padres de familia que luchaba por unas escuelas mejores). Ya no luchaba por la escuela de su hija sino por la de sus nietos y seguía firme y comprometido con una vida de servicio a la comunidad, que había asumido el día de su Bautismo.

“He venido a traer fuego a la tierra”

CAPITULO 7

QUE HAYA LUZ... Y HUBO LUZ

El pueblo de Viche, en el cual yo vivía, había crecido mucho en esos años, a través de varias invasiones que la gente había organizado en los terrenos alrededor de la localidad.

Como en toda invasión, los primeros años fueron muy duros para aquellos que fueron a vivir en ese sector porque el barrio iba creciendo sin agua en las casas, sin luz eléctrica, con callecitas provisionales y llenas de barro, hasta que las autoridades decidieron intervenir y organizar la red eléctrica en el lugar.

Después de meses de trabajo de la empresa eléctrica, se llegó por fin al día de la inauguración de la red, a la que fui invitado, como párroco de la zona, para sentarme entre las autoridades y dar una bendición al sistema eléctrico que esa noche iba a ser puesto en función.

Habían llegado no solo las autoridades del pueblo, sino también varias autoridades de toda la provincia, que normalmente aprovechaban de ese tipo de ocasiones para hacerse mirar, reivindicar su actuación al servicio del pueblo y asegurarse así votos para las siguientes elecciones.

Unos días antes había pasado en Viche un hecho muy feo. En el pueblo había una pequeña cárcel, un calabozo de dos metros por dos, sin agua y sin baño, donde la autoridad del municipio encerraba a los ladrones y los asesinos en espera de que fueran enviados a prisiones más grandes y mejor organizadas.

La autoridad, a pesar de ser el nuestro un pueblo de mayoría negra, era un señor mestizo, enviado desde el centro provincial. Ese señor no quería a los negros y ese día había llegado al calabozo un hombre negro, que había sido atrapado mientras robaba. Después de interrogarlo en el piso superior de la casa comunal del pueblo, nuestra autoridad, insultándolo y llamándolo con desprecio “negro ladrón” le dio un empujón que lo hizo rodar por la escalera que bajaba al calabozo, con las manos esposadas, provocándole varias heridas y moretones.

Alguien fue a contarme lo que había pasado y decidí de esperar la ocasión propicia para sacar a la luz pública el hecho cometido por la autoridad política de Viche. Y llegó la noche de la inauguración de la nueva red eléctrica del pueblo. Yo estaba sentado entre las autoridades y, después de varios discursos de los políticos presentes, llegó el momento de la bendición de la que yo estaba encargado.

Me levanté y antes de bendecir la nueva red eléctrica, pedí el micrófono y leí ese lindo texto del capítulo 9 del profeta Isaías que dice: "El pueblo que caminaba en la noche divisó una gran luz; habitaban el oscuro país de la muerte, pero fueron iluminados..." Luego lo comenté por unos minutos diciendo algo así: "Me alegro mucho de que después de varios meses de oscuridad podamos por fin esta noche bendecir y poner en función la nueva red eléctrica de nuestro pueblo. Pero hay otra oscuridad que sigue presente en este pueblo y de la que quisiera que las autoridades provinciales se ocuparan. En un pueblo de mayoría negra, nos han enviado una autoridad política mestiza y racista". Y ahí conté con lujo de detalles lo que había pasado pocos días antes en la casa comunal.

Antes de proceder a la bendición, pedí oficialmente a las autoridades provinciales que nos concedieran también la luz de quitarnos a la autoridad racista que nos habían enviado y que la reemplazaran por una persona capaz de respetar los derechos humanos y a la población negra del pueblo. Mi pedido fue acogido por un largo aplauso de parte de la gente presente.

No niego que los días siguientes me movía por el pueblo con un cierto miedo a que la autoridad, que yo había denunciado públicamente, se vengara de alguna forma contra mi persona. Pero a los pocos días nos llegó la noticia de que había llegado una nueva autoridad política.

El domingo siguiente, la iglesia del pueblo se llenó como nunca de gente negra, que normalmente no iba a Misa, y que quiso agradecer con ese gesto mi intervención pública en defensa de sus derechos. Hay que decir

que fueron a Misa solo ese domingo, luego siguieron sin ir.

Y en el pueblo hubo luz: no solo la eléctrica, sino también la de un mayor respeto a los derechos humanos.

CAPITULO 8

UN CONFLICTO QUE DIO A LUZ

UNA NUEVA VOCACIÓN

El conflicto del que van a leer en este capítulo no fue contra nadie, sino que se trató de un conflicto interior que viví junto a mi compañero de comunidad, Fernando, y que nos llevó, después de unos años de reflexión y de preparación, a empezar a vivir un estilo de vida distinto.

En el pueblo de Viche vivíamos en la casa más linda del pueblo. Teníamos un buen carro para movilizarnos. Había una señora que nos cocinaba y que nos lavaba la ropa. Y nos llegaba de Europa bastante dinero que servía para nuestro sustento, para hacer actividades en la parroquia y para ayudar a personas y familias que pasaban por momentos de dificultad.

Llegó el momento en que, después de 5 años de vida

en Viche, entré en un tiempo de crisis interior, no tanto sobre el hecho de ser misionero sino sobre nuestro estilo de vida: nos dábamos cuenta de que con todo el dinero que manejábamos sí hacíamos cosas buenas, pero para la gente nosotros éramos los ricos, los grandes, los fuertes, los poderosos que todo lo podían arreglar, los papás Noel que ayudaban a los más necesitados... Éramos todo eso, pero no éramos hermanos para ellos.

Decía Francisco de Asís que un rico, por mucho que comparta, no llegará nunca a ser hermano del pobre mientras no se haga él mismo pobre.

Varios elementos me mandaron en crisis. El primero fue el hecho de que estaba viviendo dos estilos de vida muy distintos: de martes a sábado, vivía una vida austera y dura en la selva. Caminaba muchas horas en el barro, dormía sobre el piso, comía lo que me daban y cuando me lo daban, aguantaba aguaceros y soles muy fuertes, agarré varias enfermedades tropicales (paludismo, tifoidea, amebas y bichos varios) ... Pero cuando volvía al pueblo de Viche, mi vida era toda otra cosa: casa bonita, carro, empleados, comodidades, etc.

Y me preguntaba: ¿cuál de los dos soy yo? ¿El pobre que anda por la selva o el burgués del fin de semana?

El segundo fue la meditación y la predicación de la Palabra de Dios. Predicaba sobre textos del Evangelio como el de Lucas 4,14-21 que dice que Jesús, entrado en la Sinagoga de Nazaret, leyó un texto del profeta Isaías que decía: “El espíritu del Señor está sobre mí y me ha enviado a anunciar la buena noticia a los pobres...”.

Comentaba el texto con la gente diciéndoles: “Felices

ustedes, porque es para ustedes que ha venido Jesús a predicar la Buena Nueva, porque el Señor los ha escogido a ustedes para ser los destinatarios primeros del Evangelio y para ser los protagonistas de la construcción de su Reino”.

Luego, cuando volvía a la casa, me ponía triste porque pensaba: “¡Qué tipo tan raro soy yo! Me jugué la vida para venir a decir a los pobres que ellos son los primeros a entrar en su Reino y, al final, en ese Reino yo no voy a poder entrar porque pobre no soy...”.

El tercero elemento fue la lectura de los grandes documentos de la Iglesia latinoamericana que habían salido en esos años, el de Medellín y el de Puebla. En ellos, leía frases del tipo: hay que optar por los pobres, hay que creer en el protagonismo de los pobres, hay que usar los medios de los pobres, hay que hacerse una Iglesia pobre, hay que hacer causa común con ellos. Mirando a mi vida, veía que varias de esas cosas no las estaba viviendo y que la Iglesia latinoamericana me estaba llamando a dar un cambio.

El último golpe me lo dio Vicente, el animador de una de las comunidades de la selva que acompañábamos. Un día, estaba almorzando en nuestra casa cuando nos dijo que no entendía una cosa: por qué nosotros insistíamos tanto sobre el hecho de que las comunidades tenían que llegar a ser económicamente autónomas en sus actividades, mientras nosotros recibíamos harta plata de Europa y manejábamos un carro que nos habían regalado.

La incoherencia entre nuestro discurso y nuestra vida aparecía evidente.

Todos estos elementos fueron haciendo siempre menos sostenible nuestro estilo de vida y, después de hablarlo largamente con el hermano Fernando, que estaba haciendo unas reflexiones muy parecidas, decidimos ir a visitar nuestro Padre Provincial y hacerle la propuesta de intentar un estilo de presencia completamente distinto, con un estilo de vida mucho más cercano al de la gente entre la que vivíamos.

El Provincial nos escuchó muy interesado y nos animó a seguir profundizando en nuestra reflexión, a ponerla por escrito y a presentarla a la siguiente asamblea de los Misioneros Combonianos que vivían en Ecuador.

Así lo hicimos, y después de un debate y muchas preguntas, la mayoría de los miembros de la provincia ecuatoriana autorizó que intentáramos realizar ese proyecto. No es que ellos quisieran vivirlo, pero aceptaron que, si nosotros lo queríamos, pudiéramos experimentar ese nuevo estilo de vida.

El Provincial nos abrió así la puerta a intentarlo y escogimos comenzar en Guayaquil, que es la ciudad de Ecuador donde existen las más grandes periferias pobres y donde emigran muchos de los negros que desean trasladarse a un centro urbano.

El proyecto consistía en los siguientes puntos:

- 1) Cortar con las ayudas económicas que nos llegaban de Europa.
- 2) Buscar una casa igual a la de toda la gente del barrio.
- 3) Buscarse un trabajo a medio tiempo que nos diera lo necesario para vivir.

4) Vivir una vida austera: con poco dinero, sin carro, sin televisión, sin computadora, sin nevera, sin teléfono...

5) No buscar ni aceptar ningún proyecto económico para nuestras actividades, convencidos que las obras de Dios no nacen del dinero de los ricos sino del compartir entre pobres.

6) Vivir con la puerta abierta a la acogida, al compartir, en la búsqueda de promover el nacimiento de pequeñas comunidades en el barrio que, leyendo la realidad e iluminándola con la Palabra de Dios, llegaran a compromisos concretos de servicio y de transformación de la realidad del barrio.

Y con ese proyecto, nacido a través de meses de conflicto interior, llegamos a Guayaquil en el mes de abril de 1990.

CAPITULO 9

DEFENSA DE UN ESPACIO PARA LA COMUNIDAD

Durante mi vida en Guayaquil (Ecuador) (1990-1993)

Ya habíamos escogido el barrio donde habríamos ido a vivir. Se llamaba Esmeraldas Libre. Se trataba de un barrio que había nacido por una invasión de una zona de baja mar, donde había crecido un bosque de manglares.

Aprovechando la marea baja, centenares de familias, guiadas por un cacique populista, habían invadido el bosque, habían cortado los árboles y, con sus troncos, habían puesto las bases de sus casitas de caña, construidas sobre el mar y conectadas con la tierra firme a través de puentecitos de caña guadua.

Conseguida una de esas casitas, que con unos días de

trabajo arreglamos para nuestro uso, comenzamos a visitar a la gente del barrio para ver de que vivían y, cuando nos dimos cuenta de que la mitad de la gente trabajaba como vendedor ambulante, pensamos hacer lo mismo. Empezamos a producir cada mañana 15 litros de leche de soya que luego íbamos vendiendo por el barrio, trabajando unas 4 horas diarias. Eso nos daba lo suficiente para vivir.

La única presencia de Iglesia que había habido en el barrio antes de nuestra llegada había sido la de un sacerdote misionero, que durante unos meses había ido a celebrar una Misa cada domingo en una de las pocas calles del barrio. Ese sacerdote había conseguido construir una capillita en medio del mar, en un espacio que el cacique le había concedido. Un largo puente de guadua conectaba la capilla con el resto del barrio.

En el barrio, el cacique tenía el poder absoluto, daba y quitaba los lotes según lo que le parecía oportuno. Nadie tenía un título de propiedad. Tenía su cárcel personal. Organizaba asambleas donde era obligatorio participar so pena de que nos quitaran el lote. Defendía los derechos y el respeto a las mujeres a cuyo nombre ponía los lotes. Y, cada semana, organizaba un tribunal en la casa de una de sus amigas donde él era juez supremo.

Nosotros tuvimos que ir a pedirle el permiso para poder vivir en el sector y el cacique nos lo concedió, ofreciéndonos una casa en el sector más pobre del barrio.

Así empezamos nuestra vida y actividad en Esmeraldas libre, dedicando cada mañana al trabajo y las tardes a las visitas a las familias con el objetivo de promover el

nacimiento de pequeñas comunidades.

El cacique prohibía las reuniones que no fueran organizadas por él, pero, a pesar de eso, poquito a la vez, conseguimos iniciar unas comunidades en distintos sectores del barrio.

Con el cacique tuvimos varios momentos de conflicto. El primero fue cuando dos de sus colaboradores fueron un día a nuestra casa para avisarnos de que, al día siguiente, iban a ubicar en el terreno que pertenecía a la capilla a tres familias, para que ahí construyeran sus casitas.

Cuando les dijimos que ese terreno no era para ubicar familias nuevas, sino que el cacique lo había entregado para el uso de la parroquia, nos contestaron que no habían venido a escuchar nuestras opiniones sino a darnos una orden.

Nos reunimos con la pequeña comunidad católica que ya había nacido y decidimos formar una comisión e ir donde el cacique la próxima vez que organizara lo que él llamaba "el tribunal popular semanal".

Nos pusimos a la cola para esperar nuestro turno. Cuando nos tocó el turno, entramos en la casa donde se desarrollaba el tribunal y nos vimos en una situación impresionante. El cacique estaba sentado en un amplio diván, abrazando a una muchacha en cada lado. En la mano derecha, cargaba una pistola con la que apuntaba a los que entraban. Dos guardaespaldas lo rodeaban, ambos armados. Él estaba en pantaloneta y tenía las piernas alzadas sobre una mesita, donde otra muchacha las estaba sobando.

“Que pase el Padre” gritó. Entramos todos juntos. “¿Que se le ofrece, Padre?” Le contesté, recordándole el hecho de que él había entregado ese pedazo de mar para el uso de la parroquia, para cuando el sector se hubiera rellenado de tierra. Le dije que habíamos pensado en construir ahí unos salones multiuso para el barrio y en sembrar unos cuantos árboles. Le reclamé que habían ido unos de sus colaboradores a decirnos que nos iban a quitar ese espacio para ubicar ahí nuevas familias.

Él dijo: “Padre yo soy un hombre fiel a mi palabra y si le he prometido ese espacio, voy a cumplir, pero quiero que usted mismo lo decida. ¿Qué prefiere, Padre? ¿Que en ese sector haya unos árboles bajo cuya sombra los jóvenes y las muchachas del barrio vayan a desahogar sus instintos sexuales o prefiere que haya unos techos donde puedan abrigarse unas familias que no tienen dónde vivir? Dígame, Padre, ¿qué prefiere?”

Me había metido en un buen lío: ¿cómo iba a decirle que prefería árboles bajo cuya sombra irían los jóvenes a desahogar sus instintos sexuales a techos para familias pobres y sin casa? Y además con veinte personas del barrio que me estaban escuchando.

Al final me lancé sobre el tema ecológico. “Sabe, comandante (así lo llamaban en el barrio), hay ciudades en el mundo donde sólo han pensado en construir casas y casas sin ningún espacio verde y hoy en día la gente se está ahogando por falta de oxígeno. Usted no puede seguir metiendo gente nueva en el barrio sin pensar un poco en la calidad de la vida de su pueblo. Hay que pensar en unos espacios verdes y esto es lo que nosotros

queríamos ofrecer, un parquecito alrededor de la Iglesia". "Además, le dije (y ahí jugué sobre su orgullo), yo estoy seguro de que, si usted les da la orden a sus colaboradores, ellos sabrán encontrar otros espacios para ubicar a esas tres nuevas familias".

El hombre se quedó un momento en silencio, luego consultó a sus colaboradores y dio la orden: "Devuelvan ese espacio al Padre para hacer el parque y busquen otro arreglo para esas familias. Hasta luego, Padre."

Salimos contentos de haber ganado nuestra pequeña batalla y haber asegurado para el futuro un espacio verde para el servicio de la comunidad.

“He venido a traer fuego a la tierra”

CAPITULO 10

EN DEFENSA DE LA VIDA

Nuestro comandante, que otros llamaban con el nombre de el "Abogado", tenía el poder en todos los campos de la vida del barrio: administraba la justicia, encarcelaba a la gente, a otros los castigaba haciéndolos pegar en público...

Según él, estaba prohibido vender y consumir drogas en el barrio. Una noche iba armado por la calle, vio a un muchacho de 18 años que le parecía drogadicto, le hizo pegar un tiro y lo mataron. La familia del muchacho me invitó en la noche para acompañarlos en el velorio del muchacho. Después de un momento de cantos y oraciones les propuse escuchar el texto bíblico de Caín y Abel. Estuvimos reflexionándolo juntos e identificamos en el muchacho asesinado la figura de Abel y la gente no tuvo dificultades en reconocer en Caín la figura del "Aboga-

do”. Descubrimos en el texto bíblico a un Dios que tomaba partido por la víctima y que no estaba de acuerdo con lo que Caín y el cacique habían hecho. Sentimos que el texto nos invitaba a no quedar callados frente a lo que había acaecido, a pesar de que la familia del muchacho nos dijo que tenía miedo a hacer una denuncia.

En los días siguientes, me reuní con los animadores de las pequeñas comunidades que habían nacido en el barrio y les pregunté si les parecía que podíamos quedar callados y aguantar en silencio, o si el seguimiento de Jesús no nos llamaba a levantar la voz y denunciar lo que había pasado. Los animadores me contestaron que nadie de ellos tenía el título de propiedad de su casa y que, si el “Abogado” se hubiera dado cuenta de una denuncia de parte de ellos, seguramente les habría quitado la casa y ellos no habrían tenido donde ir a vivir.

Me di cuenta de que los mismos animadores se tenían miedo unos a otros y pensé cambiar de estrategia. Fui a visitarlos uno por uno en sus casas y, como nadie los estaba escuchando cuando manifestaban sus opiniones, cuatro de ellos aceptaron arriesgarse y acompañarme a hacer una denuncia. Fuimos a hacerla a una asociación de defensa de los derechos humanos que aceptó presentar la denuncia a las autoridades competentes en nombre de la asociación, sin poner nuestros nombres, solo indicando que la información llegaba desde unos moradores del barrio.

La policía, al recibir la denuncia, en lugar de ir a arrestar al “Abogado”, lo llamó por teléfono preguntándole que sabía él de ese asunto. El cacique preguntó los nom-

bres de aquellos que habían puesto la denuncia y, como solo pudo saber el nombre de la asociación que la había presentado, la noche siguiente entró con sus colaboradores en la sede de la asociación y les hizo pedazos todo lo que poseían: computadoras, teléfonos, sillas, mesas, puertas, ventanas...

Desde la asociación, nos avisaron sobre lo que había pasado y nos dijeron que no apareciéramos cerca de su sede porque seguramente el "Abogado" tenía por ahí algunos de sus espías buscando descubrir quién había presentado la denuncia.

A la semana siguiente, el cacique, como hacía de vez en cuando, llegó al barrio con un camión lleno de comida que iba repartiendo de casa en casa: arroz, lentejas, frijoles, harina, aceite... para que la gente viera lo bueno era con su gente.

También llegaron a repartir a nuestra casa. No aceptamos el regalo y les dijimos que comentaran al "Abogado" que a los Padres no les cerraban la boca con una libra de arroz y de lentejas y que muchas gracias, que no las necesitábamos, que con nuestra venta de leche de soya teníamos lo suficiente para vivir, sin necesidad de su limosna.

En los días siguientes, circulaban en el barrio comentarios de que el "Abogado" había descubierto que habían sido los Padres quienes lo habían denunciado y que la cosa no le había gustado.

Unas personas del barrio, que estaban participando en nuestras comunidades, comenzaron a alejarse del camino organizativo por miedo al cacique. Nosotros también

vivimos unos meses de miedo, temiendo la venganza del “Abogado”; pero, por otro lado, estábamos ciertos de haber actuado bien y pensábamos que el cacique no se habría atrevido a matarnos porque sabía que una intervención de ese tipo no le habría convenido políticamente porque la gente del barrio, aún con miedo, nos apoyaba.

CAPITULO 11

SACADOS POR EL OBISPO

Nuestra vida en el barrio se iba haciendo cada día más difícil. Además de los problemas con el abogado, iban creciendo los problemas con el Obispo.

El Obispo auxiliar de Guayaquil, encargado de la zona pastoral donde vivíamos, tenía unas opciones pastorales y una manera de actuar muy distintas a las nuestras. Él daba vueltas por el mundo, conseguía muchos millones y los invertía en toda la zona bajo su jurisdicción, construyendo iglesias, escuelas, centros de salud y comedores para niños. Consideraba que, de esa forma, estaba viviendo la opción por los pobres, haciéndolos objeto de su caridad.

Nuestra opción era muy distinta: para nosotros la opción por los pobres no consistía en buscar plata y construir obras para ellos, sino en hacernos lo más posible

como ellos y promover todo lo que naciera desde el compartir entre pobres, desde la organización comunitaria.

Los dos modelos terminaron por enfrentarse.

Recuerdo que, cuando surgió en el barrio la exigencia de crear un jardín para niños para que las mamás pudieran tener donde dejarlos cuando iban a trabajar, el Obispo se enteró del asunto y ofreció a la gente unos cuantos millones para construirlo, si es que los Padres lo hubieran aceptado.

La gente fue a visitarnos y nos preguntó por qué no queríamos aceptar ese dinero. Para nosotros fue la ocasión para explicarles nuestras motivaciones. Les dijimos que si nosotros hubiéramos querido, habríamos podido conseguir dinero, rellenar nuestro lote con tierra y piedras, construir una buena casa de hormigón, comprar un carro y pagar una empleada, pero habíamos querido vivir como ellos y ganarnos la vida con nuestro trabajo de vendedores ambulantes, porque estábamos convencido que Dios escogía a los pobres para construir su Reino y queríamos compartir su vida para ser parte de ese pueblo de Dios pobre y humilde que construye maravillas con medios pobres, que construye una sociedad de hermanos solidarizándose con los demás marginados.

A ese punto les invitamos a escoger: ¿Creían más en el dinero de los ricos o en la fuerza de los pobres organizados?

Después de un debate, se votó y la mayoría decidió creer en sus capacidades, decirle al Obispo que no necesitaban su dinero y que habrían construido el jardín para

niños despacio, pero con su fuerza de pobres organizados. Y así fue.

Para el Obispo eso fue una bofetada: nunca había encontrado a un grupo de pobres que rechazara su dinero y, evidentemente, vio en nosotros a los culpables de todo eso.

Otra cosa le molestaba al Obispo. Todas las semanas recibíamos la visita de mucha gente: eran jóvenes, catequistas, religiosos y seminaristas que iban a conocer a esos curas raros que vivían pobremente y se ganaban la vida como vendedores ambulantes. Al volver a sus parroquias, comparaban la vida de sus párrocos y del Obispo con la nuestra y se preguntaban el porqué de tanta diferencia. Nuestra vida estaba cuestionando la del Obispo y la de muchos párrocos y eso los molestaba.

Un día, nuestro Obispo auxiliar fue a visitar al "Abogado" para pedirle que donara un amplio terreno que se encontraba en una zona del barrio para construir una gran iglesia.

Yo no estuve presente en ese encuentro, pero vi sus dos consecuencias: el Obispo recibió sin pagar ese terreno y, a partir de ese día, comenzó a hacer todo lo que pudo para que nosotros dos nos fuéramos de allí. Probablemente, el "Abogado" le pidió que nos sacara del barrio a cambio del terreno.

El Obispo auxiliar fue a hablar con el Arzobispo y lo convenció de que debía alejarnos de Guayaquil porque nuestra presencia estaba creando divisiones en la Iglesia. El Arzobispo escribió a nuestro Provincial, pidiendo nuestra salida de su arquidiócesis.

Nuestro Provincial reaccionó muy fuerte, respondiéndole con una carta en la que le decía que las motivaciones que él daba para sacarnos no le parecían suficientes para semejante intervención, que él no nos iba a mover, que el Arzobispo tenía la autoridad para expulsarnos de la arquidiócesis, pero, para que quedara claro que era él el que nos expulsaba y no el Provincial el que nos trasladaba, iba a mandar copia de esa carta a todos los Obispos y demás autoridades religiosas del país.

La coordinación de la vida religiosa de Ecuador (CER), enterándose del asunto, nos convocó para entender lo que estaba pasando, nos apoyó plenamente y envió una delegación a Guayaquil para convencer al Arzobispo de que suspendiera nuestra expulsión.

Frente a tantas presiones, el Arzobispo, un poco asustado, aplazó la cosa; también porque se había enterado de que nuestro Provincial estaba próximo a ser sustituido por uno nuevo, que parecía mucho más remisivo frente a sus exigencias.

Y así fue. A los pocos días de entrar en funciones, el nuevo Provincial fue a hablar con el Arzobispo, que volvió a pedirle que nos sacar de Guayaquil en un tiempo máximo de un mes y éste aceptó su petición.

Cuando la gente se enteró de la decisión tomada, manifestó una reacción indignada. Las comunidades de base de Guayaquil se reunieron delante de la curia y, durante toda una mañana, dieron vueltas en procesión alrededor de la cuadra donde vivía el Arzobispo, cantando y pidiéndole que bajara a dialogar con ellos; él se negó a bajar y dialogar.

Cuando llegó el día anterior a nuestra salida, celebramos en nuestra capillita sobre el agua una Misa de despedida, agradeciendo a la gente por la linda experiencia de fraternidad que nos habían permitido vivir en medio de ellos durante aquellos años. Durante el canto de salida de la Misa, la gente cerró la puerta y las ventanas de madera de la capilla y, al ritmo de los tambores, las clavó desde afuera diciéndonos: "No estamos de acuerdo con que se vayan, por eso los secuestramos aquí dentro de la iglesia".

Nos trajeron comida y dos colchones para la noche y, a la mañana siguiente, fueron temprano a buscar a unos periodistas para que fueran a cubrir el hecho de nuestro secuestro. Llegaron los periodistas de dos periódicos de la ciudad y un canal televisivo que nos entrevistaron a nosotros y a la gente. Luego, nuestros amigos del barrio nos despidieron y dejamos la ciudad.

Fue interesante leer, al día siguiente, las entrevistas con la gente. Cuando les preguntaron por qué no querían que nos fuéramos, ellos no hablaron, como nosotros pensábamos, de lindas Misas, de caminos de comunidades, de catequesis con los niños, de grupos organizados, cosas en las cuales habíamos invertido muchos de nuestros esfuerzos, sino que dijeron que les daba pena nuestra salida porque sabían que cuando no llegaba el carro tanque con el agua, también nosotros quedábamos sin agua, que cuando el barrio estaba invadido por las ratas también nuestra casa estaba llena de ratas, que cuando llovía venteado también en nuestra casa de cañita entraba agua por las paredes. Lo que les había tocado el cora-

zón no habían sido nuestras palabras, sino la experiencia de fraternidad que habíamos escogido vivir con ellos. Nunca olvidaríamos esas respuestas de la gente que nos marcaron para siempre.

Fue así que dejamos Guayaquil con el corazón desgarrado. Ese fue, seguramente, entre todos los conflictos que viví en cuarenta años de vida misionera, el que más me hizo sufrir, porque aquel que nos expulsaba no era un terrateniente egoísta, ni un político explotador de pobres, sino nuestro hermano, nuestro Obispo. Y no había sido por haber violado alguna ley eclesiástica, sino por haber intentado hacernos pobres entre los pobres, vivir la cercanía, la solidaridad, la fraternidad del Evangelio.

CAPITULO 12

CONFLICTO CON EL PROVINCIAL

Durante mi vida en Quito (Ecuador) (1994-1998)

Dejando Guayaquil, viajamos a Quito, la capital de Ecuador, donde vivía el Provincial.

Tres obispos ecuatorianos nos habían escrito proponiéndonos volver a empezar el mismo tipo de presencia en sus diócesis, pero nuestro Provincial no aceptó.

Después de unos meses, pasados lamiéndonos las heridas por el enfrentamiento tenido con los Obispos de Guayaquil, el Provincial me dio mi nuevo destino, separándome de mi anterior compañero de aventuras porque, decía, tenía miedo de dejarnos de nuevo juntos.

Era una linda casa en el centro de la capital, rodeada por un jardín, en medio de una población mestiza y aco-

modada y me invitó, desde ahí, a acompañar a la población afro que vivía en barrios populares ubicados a una hora y media de bus, en el norte de la ciudad.

Fui a visitar al superior de aquella comunidad y le dije que, después de haber vivido tres años en casitas de caña sobre el mar, no me sentía capaz de volver a vivir en una estructura como aquella en la cual él vivía y le hice la propuesta de abandonarla y de ir los dos a vivir en uno de los barrios afro del norte de la ciudad.

Él se lo pensó durante unos días y luego me dijo que, por varios motivos, no se sentía de dar ese paso, pero que no quería que yo no lo diera si para mí eso era importante. Me acompañó a conocer un barrio afro donde él conocía una familia negra que estaba construyendo una habitación nueva al lado de su casa para alquilarla. Me propuso ir a vivir allá, añadiendo que, cuando el Provincial se quejara por esa decisión, él me defendería diciendo que yo estaba viviendo allá con el consentimiento de mi superior de comunidad.

“Dime, Franco, me preguntó, ¿estás dispuesto a arriesgarte?”.

“Claro que sí”, le contesté. Cogí mis cuatro trastes y subí a aquella loma, donde fui a vivir en la habitación que habíamos visto.

Volví a dedicar cada mañana cuatro horas a la venta ambulante y las tardes a visitar las numerosas familias afro de aquel barrio, con la idea de promover entre ellos unas comunidades negras.

Después de unos dos meses, el Provincial se enteró de que yo no estaba viviendo en la casa a la que él me

había destinado, sino que me había ido a vivir en uno de los barrios afro donde me había dicho que fuera a desarrollar mi actividad pastoral, pero no a vivir. Y me convocó a su oficina.

Me fui a ese encuentro bien preparado, cargando en la mano el librito con las reglas de vida de la congregación, donde tenía subrayadas unas cuantas frases que habría citado durante ese encuentro.

Por casualidad, el Provincial había sido miembro de la comisión que había escrito la nueva regla de vida, después del Concilio Vaticano segundo.

Me dijo que se había enterado de que yo no estaba viviendo en la casa a la que él me había enviado, que estaba viviendo solo, que había vuelto a mi venta ambulante y me preguntó cómo explicaba todas esas cosas.

Saqué la regla de vida de los Combonianos, le recordé que él había sido uno de los que la habían escrito y le leí unos párrafos que invitaban a los Combonianos a insertarse en la realidad del lugar donde vivía la gente a la que habían sido enviados a evangelizar, a compartir su estilo de vida, a vivir pobremente, a creer en medios pobres.

Le dije que, como él me había enviado a vivir en una casa rica, en un barrio de adinerados, lejos de la gente pobre y afro que habría tenido que evangelizar, para ser fiel y obediente a la regla de vida de los Combonianos, me había tocado, de acuerdo con mi superior local, desobedecer esas órdenes suyas, alejarme de esa casa e ir a vivir en una casa más pobre y en medio de los afros. El hombre se dio cuenta de que lo que yo decía era verdad

y, después de un tiempito de silencio y reflexión, me hizo una propuesta.

Él iba a aceptar que yo siguiera viviendo en el cuartito donde me había instalado, al lado de la familia afro del barrio de Atucucho, si yo me comprometía a bajar una vez a la semana a la casa de la comunidad comboniana que me había sido asignada, para compartir con ellos un día de vida, de oración y de reflexión comunitaria.

Me lo pensé un momento y decidí acoger su propuesta. Ambos habíamos cedido en algo. No creo que él estuviera muy contento de la solución, pero al final la asumió y le tocó defenderla frente a aquellos que le presentaron quejas por dejarme vivir allá arriba. Seguramente, antes de encontrarse conmigo, había dialogado con mi superior de comunidad que me había defendido, lo había ablandado un poco y convencido de que era mejor abrir un diálogo y no cerrarse a la posibilidad que yo siguiera viviendo inserto entre los afro.

Seguí, así, mi vida en Atucucho. Cada domingo en la noche bajaba a mi comunidad comboniana y subía de nuevo los martes por la mañana.

Después de visitar el barrio, fueron surgiendo, un poco a la vez, tres pequeñas comunidades afro que empecé a acompañar, estudiando con ellos la historia del pueblo negro, profundizándola en paralelo con textos bíblicos de la historia del pueblo de Israel, que tenía tantos puntos en común con la de los afros: la vida en tribus igualitarias, la esclavitud, la deportación, la resistencia, la lucha para liberarse...

CAPITULO 13

ME SACARON DE LA CASA

Cuando llegué a Quito, como no me habían encomendado el trabajo pastoral de un barrio, sino el seguimiento al pueblo afro presente en la capital, se me ocurrió intentar vivir una experiencia parecida a la del apóstol Pablo, que no se quedaba muchos años en el mismo lugar, sino que después de unos meses en una ciudad, encomendaba la comunidad que había nacido a unos animadores locales y él se iba a evangelizar a otro lado.

Por eso, después de vivir casi un año en el barrio de Atucucho, donde habían nacido unas tres pequeñas comunidades afro, pensé trasladarme a otro sector de la ciudad donde había fuerte presencia negra, volviendo una vez por mes a visitar esas comunidades.

Escogí un sector del norte-oeste de Quito donde había cuatro barrios, muy cercanos el uno al otro, en los

que vivían unas 200 familias afro. El más pobre de los 4 barrios se llamaba Pisulí; por eso pensé en arrendar algo en ese barrio y desde ahí ir visitando los otros tres, adonde se podía llegar con unos 15-20 minutos de camino.

Pero en Pisulí había un problema. El fundador de la invasión era un señor que no quería ver sacerdotes en el barrio. Aun sabiéndolo, intenté establecerme allí y empezar mi vida normal, con el trabajo de la mañana y las visitas a las familias por la tarde.

Después de un mes de presencia en Pisulí, el cacique del barrio me mandó a uno de sus servidores para decirme que mi presencia no era grata al jefe y que por favor me fuera de ahí. Yo me hice el tonto y seguí como si nada hubiera pasado.

Unas semanas más tarde, volvieron a visitarme y esa vez ya no se trataba de un consejo sino de una orden: ¡que me fuera!

Cuando vieron que yo no me movía, porque no entendía con qué derecho podían expulsarme del barrio, se les ocurrió otra manera de convencerme y esta vez ganaron. Fueron donde el dueño de mi casa y le dijeron que, si no me botaba de su propiedad, el cacique le habría quitado a él el lote y la casa donde vivía.

A ese punto, el dueño de la casa tuvo que pedirme que me fuera para no perder su propiedad. Frente a esa amenaza a mi casero, me di cuenta de que no podía insistir más en quedarme, para no perjudicarlo a él que, el pobre, no tenía culpa de todo eso. Cogí mis cuatro cosas y me trasladé cien metros más abajo, pero ya fuera de la zona de la influencia de aquel cacique.

Desde ahí, seguí entrando en el barrio Pisulí cada vez que quise, para vender leche y para visitar a la gente: ahí surgió una pequeña comunidad afro que seguí acompañando durante los años siguientes.

“He venido a traer fuego a la tierra”



Franco en los años de búsqueda vocacional - Italia, 1971.



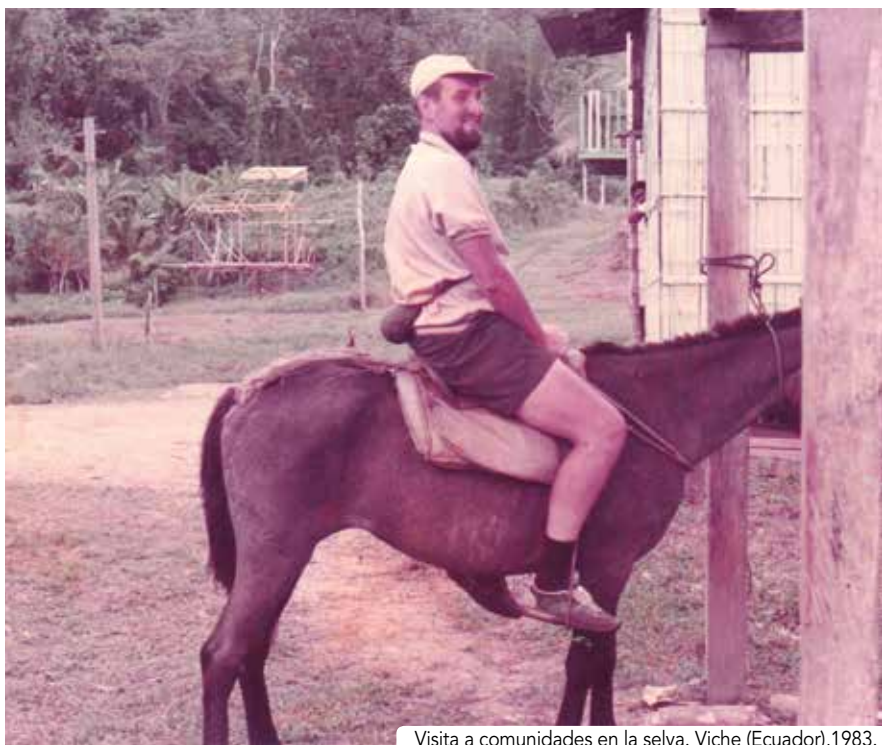
Franco, 18 años, seis meses antes de entrar en los Misioneros Combonianos.



Postulantado. Con Ezequiel Ramin, mártir en Brasil en 1985.



Primera Misa. Malnate (Italia), 1979.



Visita a comunidades en la selva. Viche (Ecuador), 1983.



Misión de Viche (Ecuador), 1983.



Casa de Guayaquil (Ecuador), 1991.



1ª Celebración Día de la Afro-Ecuadorianidad, Quito (Ecuador), 1996.



Reunión de jóvenes afro, Quito (Ecuador), 1995.



Celebración Bodas de Oro de los papás, Malnate (Italia), 1998.



Encadenamiento por los derechos de los migrantes Caserta (Italia), 2002.



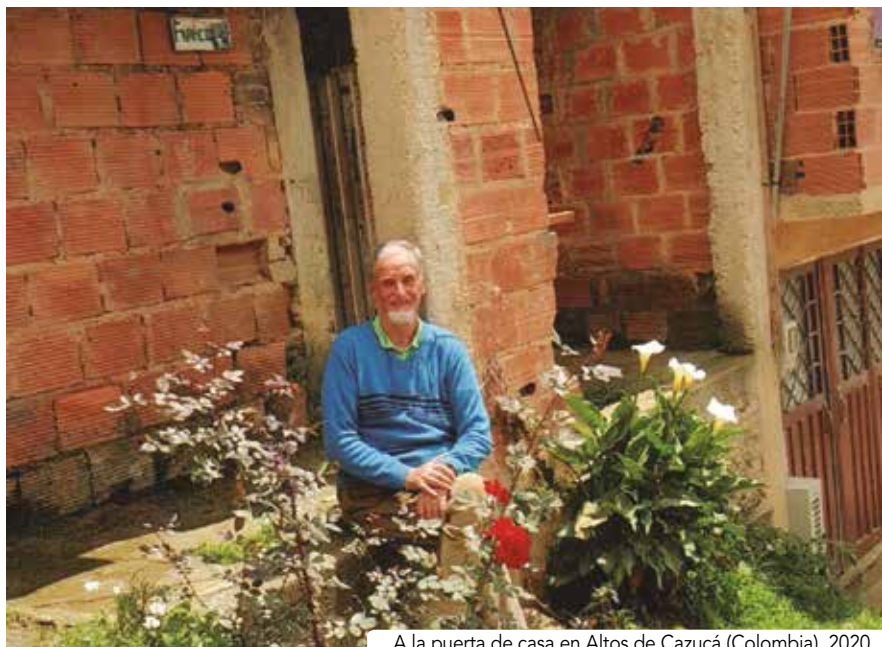
Casa en Cali (Colombia), 2007.



Casa en Tumaco(Colombia), 2008.



Con el equipo pastoral de Altos de Cazucá (Colombia), 2020.



A la puerta de casa en Altos de Cazucá (Colombia), 2020.

CAPITULO 14

UNA INCURSION EN POLITICA

Al año siguiente, de nuevo había cambiado de barrio y estaba viviendo en Carcelén.

Una noche, a la hora de la reunión del grupo afro del sector, se presentó un señor negro muy elegante. No era del barrio y había llegado con chofer en un carro de lujo. Nos pidió que lo dejáramos hablar unos 10 minutos porque tenía algo importante que decirnos.

Yo sabía quién era, porque me habían hablado de él. Se trataba de un rico industrial afro, dueño de fábricas y restaurantes, que se estaba lanzando como candidato al Congreso de la República en el partido de los más ricos y poderosos del país.

Le dije que se esperara y que, al final de nuestra reunión, le daríamos unos minutos en los asuntos varios de nuestra agenda. Él insistió en que era una persona

muy ocupada y no podía perder una hora de su precioso tiempo.

Les pregunté a los presentes, quienes aceptaron darle diez minutos al comienzo de nuestra reunión. El hombre tomó la palabra y habló durante hora y media, lo que ya denotaba la falta de respeto a la gente que le había permitido hablar. Al final, pidió que votaran por él en las próximas elecciones, comprometiéndose a defender la causa del pueblo negro en el Congreso de la República.

Cuando por fin terminó de hablar, pedí la palabra y dije que yo sabía muchas cosas de él, que sabía que en sus muchas fábricas y restaurantes nunca había dado trabajo a un negro, que estaba de candidato en el partido que defendía los intereses de los ricos del país y que nunca habría defendido los derechos de los negros, que en su mayoría en Ecuador son miembros de clases sociales bajas. Así que, delante de él, invité a los presentes a no darle su voto.

El hombre se fue de esa reunión bravísimo conmigo. En los días siguientes escribió una carta al Arzobispo de Quito y al Obispo encargado de la pastoral afro en el país, pidiéndoles que me sacaran de ahí porque yo estaba dividiendo al pueblo negro, poniendo a la gente contra él.

El Arzobispo de Quito, al recibir esa carta, llamó a mi Provincial para preguntarle qué estaba pasando. El Provincial, no sabiendo nada del asunto, llamó al superior de mi comunidad, que vino a buscarme.

Con el superior de mí comunidad y con dos personas afro de las más comprometidas con su gente, pedimos

una entrevista al Arzobispo. Él nos dio una cita, nos recibió, nos leyó la carta que le había llegado y nos pidió que le explicáramos lo que estaba pasando. Después de explicarles los detalles de lo que había pasado, el Arzobispo nos dijo que le parecía muy bien la forma como nosotros habíamos respondido al candidato al Congreso.

Aprovechamos la ocasión para contarle al Arzobispo algo sobre la situación que estaba viviendo el pueblo afro en la capital, sobre el trabajo pastoral que yo estaba haciendo en medio de ellos, sobre cómo habían nacido y estábamos acompañando unas diez pequeñas comunidades negras en distintos barrios de la ciudad, sobre unas celebraciones afro que estábamos viviendo periódicamente, y sobre la organización de grupos y comunidades negras que estaba fortaleciéndose en toda la ciudad.

Todo eso pareció interesarle mucho al Arzobispo que, al final del encuentro, nos hizo tres propuestas.

La primera era que le diéramos los nombres de 4 o 5 animadores de las comunidades, que estuvieran bien comprometidos, para que él los nombrara oficialmente miembros de una comisión de pastoral afro arquidiocesana. La segunda era nombrarme asesor espiritual de la recién creada comisión. La tercera era darnos una oficina en la curia en la que colocaría a una secretaria afro, a la que él pagaría el sueldo, para que se ocupara de coordinar el trabajo pastoral en toda la ciudad y de preparar materiales para las distintas actividades.

Evidentemente, aceptamos las propuestas que el Arzobispo nos hizo y salimos de esa reunión radiantes:

habíamos entrado en esa oficina con miedo a ser regañados y salimos no solo vencedores frente a quien nos había acusado, sino con nuevas herramientas para nuestro trabajo, que además había sido reconocido oficialmente.

CAPITULO 15

LOS NEGROS HABLARON EN EL CONGRESO DE LA REPUBLICA

Con el pasar de los años, las comunidades negras de los distintos barrios de Quito, encontrándose periódicamente en reuniones a nivel de ciudad, decidieron conformar una organización oficial de los negros de la capital.

Después de varias reuniones surgió una idea: intentar hacer escuchar su voz en el Congreso de la República. Consiguieron hacer contacto con un congresista y, a través de él, obtuvieron la autorización de entrar un día en la sala del Congreso, con el permiso de hablar a todos los congresistas del país durante unos diez minutos.

Escogieron a cuatro de ellos, que estaban bien preparados y no tenían miedo a hablar en público con un micrófono en la mano, y cuando llegó el día de la cita subieron al lugar donde se hablaba en el Congreso, mientras

unas veinticinco personas más fuimos a sentarnos en el espacio reservado para el público que quieren escuchar los debates que ahí se desarrollan.

Los cuatro escogidos subieron al estrado y, cuando llegó su hora, tomaron el micrófono y durante unos diez minutos contaron a los congresistas algunos de los problemas que el pueblo negro vive en el país, terminando su intervención con tres propuestas:

La primera fue que, en la lista de los héroes nacionales, en la cual hasta ese momento no había ninguna persona afro, se añadiera la figura de Alonso de Illescas, que había luchado durante años para defender el derecho a la libertad del pueblo negro en Ecuador.

La segunda propuesta fue que dictaminaran una ley que proclamara una fecha anual que fuera reconocida oficialmente como el Día de la afroecuatorianidad. Propusieron que esa fecha fuera el primer domingo de octubre, porque fue más o menos cuando llegó a Ecuador el primer grupo de gente negra de la historia, junto a su líder, Alonso de Illescas.

La tercera fue que, en los libros de Historia que se usan en los colegios, se añadieran elementos de la historia del pueblo negro en Ecuador, ya que en los actuales se habla de blancos, de mestizos y de indígenas, pero se dice nada de la presencia negra en el país.

Después de la intervención de las cuatro personas Afro, un diputado amigo, con el que ya nos habíamos puesto de acuerdo, hizo suyas las tres propuestas de ley y las presentó frente a los demás congresistas, que las aprobaron por unanimidad.

Salimos, así, del Congreso con las tres leyes aprobadas: no es que con eso la vida del pueblo negro hubiera cambiado mucho, pero era la primera vez en la historia que un grupito de negros había entrado al Congreso, había sido escuchado y sus propuestas habían sido acogidas. Eso ayudaba a la pequeña organización negra a crecer en su autoestima y a descubrir que sí era posible seguir luchando y conseguir más derechos para su pueblo.

El primer domingo de octubre de ese año, celebramos por primera vez con una marcha, con una celebración en el centro de la ciudad, con una tarde de danza y con comidas típicas afro el Día de la Afroecuatorianidad.

No fue un conflicto mío, sino un conflicto nuestro, del pueblo afroecuatoriano de Quito contra una sociedad, contra un Estado que ignora y marginaliza su presencia.

Fue un pequeño éxito que podía abrir la puerta a más luchas y a más éxitos, que permitieran al pueblo negro más dignidad, más visibilidad, una vida más plena y el ser menos víctima de aquel racismo que hacía tan dura la vida del pueblo afro en la ciudad de Quito.

Me habría gustado quedarme en Quito otros dos años más para terminar de dar la vuelta a los seis barrios del norte de la ciudad, donde más presencia negra había. Pero, antes que terminara mi quinto año allí, los superiores me pidieron que, después de haber estado en Ecuador durante 15 años, volviera a Italia para dar un servicio en mi tierra de origen durante un tiempo.

Cuando me comunicaron que mi nuevo destino iba a ser Italia, escribí al Provincial y le propuse ir a trabajar

con migrantes africanos posiblemente en una comunidad que viviera una vida un poco austera y sin muchas estructuras.

Y fue así como, en el mes de septiembre de 1998, dejé Ecuador pensando volver después de unos tres o cuatro años en Italia, pero la historia de mi vida irá cogiendo otro rumbo y ya no volví a ese país. Pero de eso les contaré en los capítulos siguientes.

CAPITULO 16

CONTRA LA TRATA DE NIGERIANAS

Durante mi vida en Castelvoturno (Italia) (1998-2005)

Los superiores en Italia hicieron caso a lo que yo les había propuesto y, después de un mes pasado con mi familia, comencé mi nueva vida en la comunidad comboniana de Castel Volturno.

Se trataba de un pueblo ubicado en el sur de Italia, de unos veinte mil habitantes, de los que cinco mil eran africanos. Era una localidad muy particular, dominada por organizaciones mafiosas, reino de la ilegalidad, lugar de llegada de centenares de personas que vivían con dificultad: drogadictos, personas sin trabajo, con familias desbaratadas, en crisis, personas listas a cualquier tipo de actividad con tal de sobrevivir. Era un pueblo lleno de casas sin terminar o abandona-

das, sucio, lleno de basura, con una gran playa llena de plásticos y un alcantarillado al aire libre que descargaba en el mar los desechos de todo tipo de 120 localidades del interior. Alrededor del pueblo, había unos pequeños lagos llenos de desechos tóxicos y las autoridades y la policía tenían que someterse a la organización mafiosa para poder ser elegidas y actuar.

En el pueblo había un gran expendio de drogas y quinientas muchachas nigerianas víctimas de la trata, esclavas y obligadas a prostituirse hasta entregar a sus dueños el dinero de la deuda que habían acumulado para llegar a Italia y así poder recobrar su libertad.

Las muchachas vivían en grupitos de tres o cuatro en los departamentos del pueblo, normalmente con unas patronas que las controlaban. Cada mañana, tomaban el bus e iban a trabajar en las carreteras de la zona, donde se ponían, en pantaloneta y sostén, invitando a los hombres que pasaban a seguirlas hasta un colchón que estaba tendido a pocos metros de la carretera, en medio del pasto.

Comencé a visitarlas una por una, hablándoles en inglés, buscando hacer amistad con ellas y tejiendo lazos de confianza: cada encuentro terminaba con la lectura de un texto bíblico y un momento de oración, que normalmente las muchachas hacían con gusto.

Les proponía huir y frente a mi propuesta solo encontraba sonrisas y burlas, como si estuvieran diciéndome: se ve que no entiendes lo que estamos viviendo.

Después de unos meses, con mi compañero de comunidad, Giorgio, decidimos organizar un viaje a Nige-

ria, Benin City, de donde provenían casi todas las chicas, para ver si allí conseguíamos entender algo más de lo que había detrás de todo ese fenómeno inmenso de la trata, que ya había traído a Italia más de 25.000 muchachas desde aquella ciudad.

En Benin City descubrimos muchas cosas. Las muchachas salían del país después de haber firmado un contrato, por el que se comprometían a pagar unos 50.000 dólares a los que las habían ayudado a llegar a Italia. Los papás de las chicas firmaban también ese papel comprometiéndose, bajo amenaza de muerte, a pagar la cuenta de la hija, si la muchacha no cumplía con su compromiso. Antes de salir para Italia, todas las muchachas eran llevadas a un centro vodú, donde un brujo corrupto les hacía un rito durante el cual la muchacha juraba fidelidad a sus explotadores. La muchacha tenía que dejar al brujo algo de su pelo, uñas y sangre, por medio de los cuales él las amenazaba con alcanzarlas a través de unos malos espíritus, que las habría matado en caso de que la muchacha no hubiera pagado sus deudas o hubiera denunciado a sus explotadores. De esa forma, la organización criminal estaba segura que las muchachas nunca la traicionaría.

Vueltos a Italia, nos preguntamos cómo habríamos podido ayudar a las muchachas a superar el miedo que no les permitía huir de su esclavitud. Después de largas reflexiones, se nos ocurrió la idea de crear un rito anti-vodú para liberar a las muchachas del miedo que el rito vodú había sembrado en sus corazones.

Arrancando desde una tradición de muchas tribus africanas que prevé que, cuando el hijo deja la casa pa-

terna, el papá le impone las manos sobre la cabeza para transmitirle el espíritu de su clan o de su tribu, decidí que iba a ser el papá de todas esas víctimas de trata. Al final de cada encuentro en las carreteras, me acercaba a ellas, les ponía las manos sobre la cabeza y hacía una larga oración en inglés, en la que decía decía que el Espíritu del Resucitado era más fuerte que los espíritus malos que las amenazaban y que, si la muchacha se dejaba cubrir por el Espíritu de Dios, los malos espíritus ya no podrían hacerles daño.

Cuando empecé a hacer ese rito, me di cuenta de que, por fin, habíamos conseguido tocar el fondo de su corazón, porque las muchachas participaban con gusto en él y eran hasta capaces de alejar a sus clientes hasta que la ceremonia concluía.

Escogí, entonces, a 150 de ellas para hacer un trabajo más intensivo. Comencé a visitarlas, una a una, cada mes y al final de cada visita les hacía el rito. Después de 7 u 8 meses, algunas de ellas, liberadas ya del miedo, comenzaron a acercarse a nuestra comunidad pidiendo ayuda para huir.

Con la colaboración de unas Hermanas nigerianas, que habían llegado para acompañarnos en ese trabajo, abrimos una casa para acoger a las muchachas que huían de la esclavitud. En esa casa, las ayudábamos a arreglar sus papeles y a encontrar un poco de serenidad después de meses de violencia. Les enseñábamos el italiano y algún trabajo que habrían podido hacer en el país. Al final de ese recorrido, les encontrábamos, lejos de ese pueblo, un grupo de amigos que las acogían y las ayudaban a encontrar casa y un empleo.

Nos preguntábamos cómo acercarnos y enfrentar a las señoras nigerianas que las tenían bajo control y a quienes las muchachas llamaban “madams”, o “señoras”. Intenté visitar a algunas de ellas, pero no aceptaban ningún diálogo sobre el tema y al final decidimos preparar una larga carta en inglés, con una reflexión sobre la explotación y sufrimiento que ellas estaban infligiendo a las muchachas y una invitación a dejar ese “trabajo” para devolver la dignidad a sus víctimas. Nunca supimos si esa carta, que repartimos en todo el pueblo, tuvo algún éxito.

Un día, llegó a nuestra casa una de las madams y me dijo: “Yo sé que usted tiene aquí escondida a Joy, que es una de mis muchachas. Ella es mía, yo la compré, devuélvemela inmediatamente”. Me puse muy serio y con cara brava le contesté: “Madam, la ley italiana permite la prostitución, pero no permite lo que usted está haciendo, que es explotar la prostitución de otra persona. Váyase inmediatamente de esta casa y no vuelva a poner pie en ella. Sepa que, la próxima vez que se acerque a nuestra casa a pedir que le devuelva una muchacha, la agarro, la encierro en una habitación con llave, la denuncio a la policía y usted se pasará diez años en la cárcel”. La madam bajó los ojos y se fue en silencio.

Después de quince días vino a visitarme otra madam y se repitió la misma escena. De ahí en adelante, ya no vinieron a molestar.

No conseguimos desarmar el sistema de explotación organizado entre la mafia italiana y la nigeriana, pero conseguimos que las madams nos respetaran y, duran-

“He venido a traer fuego a la tierra”

te aquellos años, conseguimos ayudar a 65 muchachas a huir de la esclavitud y a reconstruir su vida en Italia.

CAPITULO 17

PELEA CON EL ALCALDE

Lo de la trata de seres humanos y de la esclavitud de muchachas nigerianas era, ciertamente, un problema muy grande en Castel Volturno, pero no era el único.

Cada semana, llegaban al pueblo desde África nuevos migrantes que buscaban una casa donde dormir, comida para sobrevivir y trabajo para poder estabilizar su vida y pensar en un futuro digno en Europa.

Recuerdo un día en que golpearon a la puerta de nuestra casa cuatro jóvenes recién llegados de Ghana, un país africano. Buscaban un lugar donde dormir. En ese momento, teníamos una habitación libre en la casa y decidimos ofrecerles hospitalidad.

Al día siguiente, hablábamos entre nosotros sobre la situación de los cuatro jóvenes que habíamos acogido y nos preguntábamos de qué habrían podido vivir. Se nos

ocurrió una idea. Delante de nuestra casa, había un terreno que desde hacía varios años estaba abandonado: ni lo cultivaban, ni construían en él. Fuimos a hablar con el dueño del terreno y le preguntamos si podía prestárnoslo por un tiempo para montar unos invernaderos donde los muchachos pudieran cultivar verduras, cuya venta podía asegurarles una entrada para subsistir.

El dueño del terreno nos dijo que, de momento, no pensaba hacer nada en él y nos lo prestó. Construimos tres grandes invernaderos y los muchachos, que algo sabían de agricultura, comenzaron a preparar el terreno y a sembrar varios tipos de verduras, para luego venderlas en el mercado. El experimento parecía positivo y estábamos contentos de haber conseguido para ellos la forma de ganarse el sustento diario.

El problema surgió cuando el alcalde del pueblo -que era racista, no podía ver a los negros y ya había tenido algún que otro conflicto con nosotros- se enteró de que en esos invernaderos estaban trabajando unos africanos. Se inventó una norma que, según él, prohibía construir invernaderos en esa zona del pueblo. Ordenó a los policías municipales que fueran a tumbarlos al día siguiente y que impusieran a los Misioneros Combonianos una buena multa por haberlos construidos en zona prohibida -cuando en ese pueblo todos construían lo que querían donde les daba la gana.

Unos de los policías del municipio era amigo nuestro y aquella noche vino a avisarnos. Hablamos con un abogado que nos aconsejó tumbar los invernaderos durante la noche para que, al día siguiente, los policías no tu-

vieran motivos para multarnos, ya que, de momento, no había otra solución posible. Tumbamos los invernaderos, dañando los cultivos de los muchachos, y, a la mañana siguiente, los policías que llegaron regresaron a decirle al alcalde que no habían encontrado ningún invernadero en ese terreno.

Enfadados por lo que había pasado, nos comunicamos con la prensa para hacer una protesta pública contra el alcalde, a través de los periódicos y de la televisión.

Al día siguiente, yo estaba en nuestra casa cuando una vecina me avisó que delante del terreno se encontraba uno de los canales televisivos más importantes del país y que estaban haciendo una entrevista al alcalde sobre lo que había pasado para transmitirla en el noticiero de la noche.

Bajé inmediatamente a la calle y oí al alcalde que estaba diciendo lo siguiente: a este pueblo siguen llegando personas desde África porque saben que aquí hay unos misioneros que les consiguen trabajo. Si nosotros queremos liberarnos de todos esos negros, la primera cosa que tenemos que hacer es botar a los misioneros del pueblo.

Me acerqué, me presenté a los del canal de televisión y les expliqué que yo era uno de los misioneros de los cuales el alcalde estaba hablando. Les pedí que me entrevistaran también a mí porque tenía algo que decir.

El periodista televisivo estuvo encantado de dejarme hablar y me preguntó sobre mi versión de los hechos. Le dije que en Castel Volturno había muchos africanos que se habían metido al microtráfico de drogas porque

no habían encontrado otras alternativas de trabajo. Le comenté que nosotros habíamos conseguido ofrecer a esos cuatro muchachos recién llegados de Ghana una posibilidad de ganarse la vida honradamente, cultivando verduras en los invernaderos. Seguí contándole que el alcalde había intervenido, obligándonos a destruir los invernaderos. Eso había dejado a los muchachos sin trabajo. Y comenté que lo más probable era que esos cuatro muchachos, que ahora habían quedado sin empleo, se meterían también en el microtráfico de drogas, porque en el pueblo era el único trabajo que se les ofrecía. Terminé diciendo que todo eso era por culpa de las intervenciones de un alcalde racista y que, si en el pueblo queríamos eliminar tráfico de estupefacientes, la primera cosa que teníamos que hacer era -y lo dije delante de él- echar de la alcaldía aquel que la estaba ocupando.

A las ocho de la noche, salieron las dos entrevistas en el noticiero nacional. Los periodistas que nos entrevistaron estaban claramente de acuerdo con nosotros porque presentaron el reportaje de una forma que el alcalde quedaba muy mal. Ya desde el mismo título del servicio periodístico tomaron posición escribiendo: “Sacerdotes crean trabajo para unos migrantes y el alcalde se lo destruye”.

Esa batalla se perdió, pero por lo menos conseguimos hacer reflexionar a mucha gente sobre las actitudes racistas, dañinas y destructivas del alcalde en relación con migrantes que llegaban al pueblo con la única intención de ganarse la vida honradamente.

CAPITULO 18

NUEVE DIAS ENCADENADOS

En los primeros años del nuevo milenio, llegó al poder en Italia un gobierno de derecha del cual hacía parte un partido racista, que no quería que en el país vivieran personas del sur del mundo.

Consiguió así hacer pasar una ley, llamada Bossi-Fini, por el nombre de sus dos autores, que daba la orden de expulsar inmediatamente del país a todo extranjero encontrado sin tener sus papeles en regla.

En la mayoría de las ciudades de Italia, esa nueva ley no provocó grandes tragedias, porque los extranjeros que vivían honradamente y no provocaban desordenes siguieron viviendo sin mayores problemas.

En nuestro pueblo de Castel Volturno, vivían cerca de 5.000 africanos, de los cuales 4.500 no tenía la visa para vivir en Italia. El alcalde del pueblo, que no podía ver a

los negros, cuando se enteró de esa nueva ley, se alegró mucho y se hizo enviar a unos diez policías más de los que tenía a su mando. Les dio la orden de pasar casa por casa por todo el pueblo: a los que no les abrieran, les debían tumbar la puerta. Tenían que comprobar los papeles de todos los extranjeros y detener a quienes no estuvieran en regla para luego expulsarlos del país.

Los policías comenzaron a cumplir con la orden recibida. Los africanos del pueblo, cuando se dieron cuenta de lo que estaba pasando, se asustaron y vinieron a comunicarnos su preocupación. Decidimos ir a visitar al comandante de los diez policías nuevos y le explicamos que, en nuestro pueblo, los 4.500 Africanos sin papeles eran personas buenas que estaban solo buscando un trabajo para vivir honradamente, mientras que la mayoría de los 500 que tenían los papeles en regla eran personas peligrosas porque, siendo narcotraficantes o explotadoras de muchachas víctimas de trata, tenían dinero y habían así podido corromper a alguna autoridad para que les arreglaran los documentos.

“Comandante, le dijimos, usted está expulsando a la gente honrada y dejando en el pueblo a los africanos que delinquen”. Él nos contestó diciendo que talvez nosotros teníamos la razón, pero que él estaba cumpliendo con órdenes recibidas y no iba a dejar de hacerlo.

Fuimos entonces a hablar con el alcalde, con quien estábamos en conflicto permanente, pero seguíamos hablándonos, e intentamos explicarle lo mismo que habíamos expresado a los policías. Él nos escuchó y nos dijo claro que, aunque fuera verdad lo que le estábamos

diciendo, a él la cosa no le interesaba: lo que quería era alejar del pueblo a todos los africanos que le fuera posible.

Decidimos, entonces, ir a hablar con el comandante de la instancia superior a nivel del departamento: él nos escuchó y nos contestó que no podía ponerse en contra de una ley de la República, que él estaba encargado de hacer respetar.

Un poco desanimados por las reacciones de la autoridad, nos reunimos en nuestra comunidad comboniana para decidir qué hacer frente a toda esa situación. En ese tiempo estábamos cuatro en la casa. Reflexionamos sobre el hecho que el Obispo nos había encargado la pastoral con los migrantes, que éramos sus pastores y que, en ese momento, el lobo se estaba comiendo las ovejas que nos habían sido confiadas. Era nuestra responsabilidad intervenir para que no siguiera haciéndolo. Habíamos intentado conversar con las autoridades competentes, que se habían cerrado a cualquier diálogo sobre el tema, así que teníamos que intentar otro camino para salvar a las ovejas de las garras del lobo.

Después de mucho reflexionar, nos vino una idea: vamos a encadenarnos a la ventana del centro de policía departamental para llamar la atención de la prensa sobre el problema y vamos a quedarnos encadenados hasta que nos hagan caso. Informamos a nuestro Padre Provincial de nuestras intenciones y él nos autorizó.

Fuimos a hablar con el Obispo de Caserta (que no era nuestro Obispo) porque era en esa ciudad, centro de nuestro departamento, donde habríamos ido a desarro-

llar esa iniciativa. El Obispo nos apoyó plenamente y nos prometió apoyarnos en nuestra actuación.

Llegó el día de poner en práctica nuestro plan: compramos dos largas cadenas y dos candados, y a las 11 a.m. de un miércoles, dos de nosotros (P. Giorgio y yo) nos acercamos a la ventana de la policía que previamente habíamos escogido, sacamos las cadenas y candados y, en medio minuto, ya estábamos cada uno con un pie encadenado a la ventana. El hermano Nicola llevaba un letrero que explicaba los motivos de nuestro gesto y lo apoyó en la pared a poca distancia de los encadenados, mientras que el padre Claudio se dedicaba a hacer fotos para que, si la policía interviniera inmediatamente quitándonos las cadenas, quedara un archivo fotográfico de lo que habíamos intentado hacer.

Inmediatamente, la policía política intervino y nos dio la orden de quitarnos las cadenas, aduciendo que estaba prohibido pegar cualquier tipo de cosa al edificio de la policía. Respondimos que no podíamos hacerlo por no haber traído las llaves para abrir los candados, ya que nuestra intención no había sido la de abrirlos, sino la de cerrarlos, así como ellos estaban cerrando la puerta del país a los migrantes.

Mientras los policías se reunían a unos cuantos metros de nosotros para decidir qué iban a hacer, llegó el Obispo de Caserta, caminando, con sotana negra y una gran cruz pectoral sobre el pecho. Se acercó a nosotros y nos abrazó frente a las miradas desconcertadas de los policías. Le comunicamos que la policía estaba a punto de intervenir para alejarnos del lugar. Él nos confirmó su

apoyo y fue a hablar con la policía política, diciéndoles que nosotros éramos dos de sus sacerdotes, que él sabía muy bien por qué estábamos ahí encadenados, que estaba plenamente de acuerdo con nosotros y terminó dándonos la orden de dejarnos tranquilos.

El Obispo volvió a la curia y, desde allí, se puso en contacto con todas las personas que pudiera estar de acuerdo con nuestra acción, proponiéndoles que fueran a apoyarnos: religiosos, grupos de base, partidos de izquierda, sindicatos, organizaciones varias comprometidas con la causa de los migrantes.

Mientras tanto, Nicola y Claudio se dedicaban a acompañarnos y a organizar todo lo que pudiera ser útil alrededor de nuestro gesto para darle propaganda.

En las horas siguientes, fueron llegando muchas personas a solidarizarse con nosotros y buscaron la manera de alimentarnos y conseguirnos camas para la noche. A las nueve de la tarde, llegaron dos camas con colchones y cobijas para que nos preparáramos a enfrentar la noche, encadenados sí, pero acostados para descansar un poco.

Los policías, extrañados por la llegada de las dos camas, se acercaron pidiéndonos que nos fuéramos a casa, porque se había terminado su turno de trabajo y también ellos tenían derecho a descansar. Les dijimos que se fueran a sus casas porque nosotros no necesitábamos de su presencia, ya que teníamos allí suficiente número de amigos, en caso de que alguien quisiera hacernos algún daño. A los pobres los obligaron a quedarse ahí toda la noche, mientras Giorgio y yo nos acostamos a dormir,

con un grupo de amigos de varias organizaciones que velaban por nuestra seguridad.

Llegó el segundo día. Le pedimos al obispo el permiso para celebrar la Misa encadenados en la calle con todos aquellos que nos acompañaban, ya que en nuestra comunidad acostumbábamos a celebrar cada mañana y ahora nuestra comunidad estaba viviendo ahí, en la calle. El obispo no solo lo autorizó, sino que invitó a mucha gente a participar en la Misa en la calle con nosotros.

Mientras tanto, los que nos acompañaban empezaron a organizar una serie de iniciativas para dar más fuerza a nuestro gesto. Invitaron vía celular, mail y fax a mucha gente y organizaciones, no solo de la ciudad sino de toda Italia. También enviaron miles de mensajes a las autoridades de Caserta y al Ministerio del Interior, declarándose solidarios con nuestra protesta. Al ministro le llegaron, en los días siguientes, un millar de postales desde distintas ciudades de Italia con la fotografía de nuestras dos personas encadenadas, pidiéndole intervenir y bloquear la acción policial en Castel Volturno.

Comenzaron a llegar al lugar donde estábamos encadenados corresponsales de varios periódicos locales y nacionales además de varios canales televisivos para cubrir la noticia y, en los días siguientes, en todo el país se supo lo que estaba pasando en Caserta.

Me acuerdo de que, en una de las primeras mañanas, durante la Eucaristía que celebrábamos usando las cadenas como estolas, me di el gusto de rezar frente a las tele-cámaras de un noticiero nacional, pidiendo perdón por la ley Bossi-Fini, que negaba la libertad de los mi-

grantes. En el noticiero de las 8 de la noche pasaron esas imágenes para todo el país.

Llegamos al tercer día de encadenamiento. El ministro del Interior, cansado de todas las presiones que le estaban llegando, llamó al prefecto de Caserta. (En Italia el jefe del departamento se llama "prefetto", que no es un cargo de elección popular, sino una persona nombrada directamente por el presidente de la República y depende del Ministerio del Interior). Le dijo al prefecto que estaba "cansado de esa protesta y que, si antes del día siguiente no se había terminado el asunto de nuestras cadenas, él lo habría remplazado por otro que supiera mantener el orden en el departamento.

El prefecto, asustado, llamó al Obispo de Caserta y le preguntó si no le parecía una vergüenza para la ciudad el hecho de que, desde hacía tres días, había dos sacerdotes encadenados en la calle y le pidió al Obispo que interviniera y nos convenciera a retirarnos.

El Obispo le contestó con la parábola del "Buen Samaritano" y le dijo que esos dos sacerdotes eran, para él, parecidos al buen samaritano, que había bajado del caballo para ayudar a la víctima de los ladrones y que para la Iglesia no éramos motivo de vergüenza, sino de orgullo por haber sabido escuchar el grito de los pobres.

El prefecto colgó el teléfono enfadado y el Obispo vino a avisarnos de lo que había pasado, informándonos que, probablemente, esa noche la fuerza pública intervendría contra nosotros.

El prefecto hizo un último intento para alejarnos, proponiéndonos subir a su oficina a dialogar. Le manda-

mos a decir que no éramos tan tontos como para subir a su oficina, ya que, mientras tanto, él habría puesto cien policías delante de la ventana para que no pudiéramos volver a encadenarnos. También le comunicamos que, si de verdad quería dialogar con nosotros, podía bajar a la calle, ya que nuestra oficina estaba siempre abierta para él. El prefecto no bajó y nosotros nos preparamos a soportar la noche del posible enfrentamiento.

En toda la noche, no apagaron las luces en el centro de policía y, a las 4 de la madrugada, llegaron 30 militares, entraron y, desde adentro, cortaron los dos candados. Después, enviaron a un policía jovencito a decirnos que nos levantáramos y nos fuéramos, ya que los candados estaban rotos.

Padre Giorgio, desde debajo de la colcha, le contestó: “¿Cómo así vienes a darnos esa orden en plena noche? Es porque eres un hijo de las tinieblas y, como a todos los hijos de las tinieblas te da vergüenza lo que estás haciendo. Por eso lo haces en la oscuridad, para que nadie te vea ni te oiga. Si tienes el valor de lo que dices, vuelve cuando nos podamos ver la cara. Además, con esta humedad, si salgo de mi colcha me va a dar una bronca pulmonía. Ni hablar. Vuelve de día y hablaremos del asunto”. El pobre jovencito, después de que ese cura canoso le hubiera dado de hijo de las tinieblas, se retiró en silencio.

Después de poco tiempo, bajó el prefecto en persona y nos dijo: “Si dentro de 10 minutos no se han levantado de la cama, les mando unos militares a sacarlos a la fuerza y no respondo de lo que les pueda pasar”. Dándonos

cuenta de que ya no había otra solución posible, nos levantamos antes de que nos pegaran.

Nos secuestraron todo lo que teníamos y nos dijeron que volviéramos a las 9 de la mañana a retirar nuestras pertenencias. A las 9 de la mañana, fuimos a por nuestras cosas y después nos reunimos con todos aquellos que nos habían apoyado para decidir qué hacer. Mientras tanto, delante de la ventana donde habíamos estado encadenados, había una larga fila de policías para impedir que volviéramos a encadenarnos.

En nuestra reunión, decidimos de no dar marcha atrás. Vimos que, delante de la ventana del jefe de la policía, había un lindo arbolito que daba buena sombra. Decidimos comprar dos candados nuevos y encadenarnos al tronco del árbol para que el jefe de la policía nos viera todo el tiempo desde su ventana.

Era el cuarto día de protesta cuando surgió un nuevo problema. El Obispo de nuestra diócesis, que no era la misma de Caserta, estaba muy molesto con nosotros porque desde el Gobierno lo estaban presionando, amenazándole con quitarle unas ayudas económicas que el Estado estaba dando a las obras de la diócesis, si él no conseguía quitarnos las cadenas.

Nos llamó para convencernos de volver a la casa y le contestamos que ya habíamos tomado nuestra decisión de seguir hasta el final, asumiendo como nuestra la causa de los migrantes de Castel Volturno. Llamó a nuestro Provincial el cual nos apoyó. También llamó a nuestro Padre General, que descargó la responsabilidad sobre el provincial. Al final, el Obispo fue hasta el Vaticano para

pedir al Cardenal encargado de los misioneros (que era amigo suyo) que obligara a los Combonianos a dar un paso atrás. Nadie consiguió convencernos y seguimos encadenados bajo el arbolito hasta el noveno día.

Cada día, celebrábamos la Misa con nuestras cadenas puestas como estola y con un numeroso grupo de personas que nos acompañaba. Cada día, llegaban periodistas a entrevistarnos y estábamos en las primeras páginas de muchos periódicos y revistas del país. Seguían las presiones mediáticas sobre el Ministerio del Interior.

Todo eso duró hasta que, en la mañana del noveno día de encadenamiento, nos llegó la noticia de que había sido cambiado el jefe de la policía de Castel Volturno y que el nuevo había llegado con la orden de suspender las redadas de africanos en el pueblo.

A ese punto convocamos a la prensa y delante ellos nos quitamos las cadenas y volvimos a nuestra casa. Estábamos cansadísimos después de tantos días en la calle, pero felices de haber ganado no la guerra (porque la ley Bossi -Fini seguía vigente), pero sí una batalla local.

Además de eso, todos esos días encadenados habían promovido todo un movimiento de opinión en el país y provocado el encuentro de muchos grupos y organizaciones, que se reconocían en la lucha por la defensa del derecho de los migrantes a vivir en Italia.

Con todos ellos, seguiríamos en los meses siguientes llevando adelante otras iniciativas parecidas. La que más éxito tuvo fue cuando, el mismo día en 20 ciudades del país, se prepararon centenares de hojas parecidas al “permiso de permanencia”, pero donde, en lugar de es-

cribir que era el Estado italiano el que autorizaba a los migrantes a vivir en Italia, se decía: "permiso de permanencia otorgado en nombre de Dios". Era una declaración de que las fronteras eran una invención de los seres humanos y no de Dios, que había creado el mundo para que todos lo disfrutaran según sus necesidades.

Otra consecuencia de esa manifestación fue el intento del Obispo de nuestra diócesis de alejarnos de ella: durante una reunión del clero, propuso que nos fuéramos porque habíamos desobedecido su orden de quitarnos las cadenas. Tres sacerdotes de los más comprometidos de la diócesis intervinieron en nuestra defensa y, al final, el Obispo decidió suspender nuestra expulsión para no meterse en más problemas con su propio clero.

El domingo después de terminar nuestra manifestación, la capilla, donde celebrábamos cada semana la Misa en inglés, se llenó como nunca de africanos. Ya que no habían podido acompañarnos físicamente en los días del encadenamiento por miedo a ser arrestados, quisieron mostrarnos su agradecimiento de aquella forma por la victoria que habíamos conseguido con nuestro encadenamiento.

“He venido a traer fuego a la tierra”

CAPITULO 19

EN MARCHA HACIA LA CAPITAL

Hubo una temporada, durante los años en los que estuve viviendo en Castel Volturno, en la que llegaban cada día decenas de nuevos jóvenes africanos. Eran personas que desembarcaban en los puertos del sur de Italia pidiendo asilo político por venir desde países de donde habían tenido que huir por problemas de violencia o de falta de libertad.

La policía del puerto donde llegaban les daba un papel con el cual se les autorizaba a vivir en Italia hasta el día en que se aclarara su situación jurídica, pero durante ese tiempo se les prohibía trabajar. En voz baja, les daban un consejo: si no saben dónde ir, vayan a Castel Volturno porque en aquel pueblo hay miles de africanos y todos consiguen de alguna forma encontrar la manera de sobrevivir.

En las calles del pueblo, se veían cada día centenares de nuevos jóvenes negros, caminando arriba y abajo, sin rumbo, sin saber qué hacer, buscando algo de comer y dónde pasar la noche. Evidentemente, eso no podía seguir así y, tarde o temprano, se iba a producir algún problema serio.

Lo conversamos con varias organizaciones de la zona y, con nuestro amigo el obispo de Caserta, decidimos intentar organizar una marcha hacia la capital, Roma pidiendo una solución al problema de los emigrantes.

Hablamos con los jóvenes, fijamos una fecha y para ese día alquilamos un tren especial que transportaría a los 1.200 jóvenes hasta la capital: cada uno pagó su pasaje y se llevó comida para el primer día.

Era un sábado y habíamos conseguido, gracias a nuestro amigo el obispo, que el Papa dijera el domingo, durante el rezo del Ángelus, una palabra de apoyo a los jóvenes africanos presentes en la plaza de San Pedro.

Cuando el tren llegó a Roma, nos pusimos en camino hacia la plaza de San Pedro. Después de media hora de marcha, la policía de Roma nos paró, asustada porque nunca había visto a 1.200 africanos caminar juntos por las calles de la capital. Querían saber qué estábamos haciendo y a dónde nos dirigíamos. Les dijimos que íbamos a la plaza de San Pedro, porque el día siguiente teníamos una cita con el Papa.

La policía no nos permitió seguir a pesar de nuestros reclamos y, una hora más tarde, nos enviaron desde la alcaldía unos diez buses para que nos llevaran gratuitamente hasta el Vaticano. Tenían miedo de ver a tantos

negros andando juntos por la calle.

Pasamos la noche como pudimos en las cercanías y, al día siguiente, negreamos la plaza de San Pedro mientras el Papa nos dirigía unas palabras de esperanza, pidiendo a Dios que nuestras situaciones jurídicas pudieran arreglarse.

Después de la intervención del Papa, conseguimos dos primeros éxitos: el alcalde de Roma nos ofreció un techo bajo el cual dormir, aunque fuera acostados sobre un piso de cemento de una fábrica abandonada, y el Ministerio del Interior nos dio una cita para la mañana siguiente, a las 10:00 a.m.

Al día siguiente, salimos temprano para una hora y media de marcha hacia el Ministerio del Interior, escoltados por la policía. Esta vez, negreamos la plaza frente al edificio del ministerio y una comisión de 20 personas fue admitida a entrar para dialogar con los funcionarios.

Explicamos al personal del ministerio la situación de los 1.200 jóvenes que estaban allí fuera, haciéndoles tomar conciencia de que con ese papel que les habían dado permitiéndoles vivir en Italia, pero sin el permiso de trabajar, los estaban empujando al trabajo ilegal o a entrar en organizaciones criminales para poder sobrevivir. También les pedimos que enviaran, lo más pronto posible, una comisión a Caserta para arreglar el problema jurídico de tantos jóvenes que habían pedido asilo político.

La presencia de los 1.200 jóvenes, que los funcionarios del ministerio veían desde sus ventanas, tuvo su efecto: a la semana siguiente, enviaron una comisión que daría el asilo político al 75% de los solicitantes.

Volvimos felices a la estación. Ya no teníamos dinero para pagar pasajes y el tren tuvo que llevar gratis hasta sus casas a los centenares de jóvenes africanos que habían ganado su primera batalla en Italia.

CAPITULO 20

OTRO NO A LA INSERCIÓN

Primeros pasos en Colombia CALI (2005-2007)

Cuando me di cuenta de que se acercaba el tiempo de dejar Italia para volver a América Latina, pensé escribir una carta al Provincial de Ecuador que, habiendo pasado siete años, había cambiado.

Le escribí que, probablemente, al año siguiente me habrían dejado libre para volver a Ecuador y le dije que me habría gustado volver a vivir inserto en un barrio marginal, viviendo una vida sobria y ganándome la vida con la venta ambulante. Le pregunté si él lo permitiría.

Después de unas semanas, me contestó diciéndome que la provincia de los Combonianos de Ecuador ya tenía un proyecto de trabajo misionero, que en ese proyecto

no había espacio para mis proyectos personales y que, si yo volvía allí, tenía que ir dispuesto a ir donde él me enviara, a vivir como él me indicara y a hacer el trabajo pastoral que él me ordenara. Para que su posición fuera más clara y todos se enteraran de que él no me apoyaría, publicó en el boletín de la provincia su respuesta.

Cuando leí su contestación, me dio tristeza, porque ese Provincial estaba desobedeciendo a los documentos oficiales de la congregación, que invitaban a los superiores a apoyar esos tipos de presencias insertos entre los pobres. Por otro lado, me gustó su sinceridad, que evitaba que yo volviera a Ecuador para meterme en un mar de problemas con la institución comboniana que él dirigía.

Después de unos días, tomé la decisión de no contestar a su carta y de intentar otro camino.

Escribí al Provincial de Colombia, que me conocía bien y que sabía cercano a esos tipos de presencia, y le pregunté si, en el caso de ir a esa provincia, me daría la posibilidad de volver a vivir inserto entre los más pobres, con la modalidad que él ya conocía.

Él me contestó que sí, que estaba encantado de que yo fuera a Colombia y que allí había un joven Comboniano que estaba deseando vivir algo parecido. Nos pondría juntos y podríamos vivir los dos insertos en alguna periferia urbana.

Así que acordamos escribir ambos a la dirección general de los Combonianos, manifestando el deseo de que yo fuera trasladado a Colombia. La cosa funcionó y, al año siguiente, me puse de viaje para ese país.

Llegado a Bogotá, conocí a mi próximo compañero,

José Luis, y entre los dos preparamos un proyecto de vida y de trabajo pastoral, que presentamos a la siguiente asamblea nacional de los Combonianos para ver si nos apoyaban.

La cosa resultó muy bien. La gran mayoría de los compañeros que vivían en Colombia aprobaron nuestra propuesta (no para vivirla ellos, sino para que nosotros la viviéramos) y, de acuerdo con la asamblea, se decidió empezar a realizarla en un barrio de invasiones de la ciudad de Cali. La nueva presencia comenzaría en el mes de abril del 2006.

“He venido a traer fuego a la tierra”

CAPITULO 21

PARAMILITARES ASESINOS

El barrio donde llegué a vivir junto al padre José Luis, de nacionalidad española, era un barrio muy particular. La ciudad de Cali está construida en la orilla del río Cauca, que a menudo se sale de su cauce e inunda la ciudad. Para evitar las inundaciones, hace mucho tiempo se construyó una muralla de unos 7 metros de alta y unos cuantos kilómetros de larga, a cincuenta metros del río, para que pueda salir de su cauce y abrirse sin provocar desastres.

Con José Luis, descubrimos que, en aquel espacio de 50 metros entre el río y la muralla, un grupo de 1.700 familias, en su mayoría negras, huyendo desplazadas de territorios de guerra y de violencia, había construido unas casitas muy pobres para vivir en espera de tiempos mejores.

Cuando fuimos a ver ese barrio, nos llamó mucho la atención y, de acuerdo con el obispo y el párroco de aquel sector, decidimos ir a vivir entre ellos. Nunca viví en una casa tan pobre como aquella: el piso estaba hecho de tierra, las paredes de costalillos de arroz cosidos unos con otros y el techo era un plástico que recubría anteriormente un pequeño circo. Para el baño, había que salir, entrar en la casa del vecino, volver a salir al otro lado y allí había una letrina de uso común con todos los vecinos.

Durante los primeros días, decidimos aportar unas mejoras a la casa, poniendo en el interior unas paredes de cañitas y cambiando los costalillos externos con caña guadua para darle un mínimo de consistencia y seguridad.

La gente nos explicó qué hacer cuando el río salía de su cauce: “No es difícil -nos decían relajados- usted amarra la cama al techo, las sillas y la mesa se escapan y buscan posada en la casa de algún amigo que viva en otro barrio. Cuando el río decida bajar, usted vuelve a su casa, baja sus muebles colgados del techo, da una barrida al lodo del piso y vuelve a vivir ahí como antes”.

Al comienzo, nos pareció una propuesta como de película, pero sí nos tocó experimentarla alguna que otra vez durante nuestra presencia en el barrio.

En todo el sector de nuestro barrio y alrededores, habían aparecido varias pandillas juveniles que se dedicaban a robar, asaltar y pelear con armas a la mano con otras pandillas que querían invadir la zona que ellos controlaban: muchos de ellos se drogaban y vendían drogas.

Eso hacía que no pasara día en ese barrio que no se oyeran disparos. Más de una vez me encontré, cuando salía a vender mi leche, en el medio del fuego cruzado entre pandillas.

Una noche, nos reunimos todos los vecinos para hablar de cómo defenderse de los muchos robos que se estaban dando en nuestra calle. Decidimos que cada familia compraría un silbato y, cada vez que alguien se diera cuenta de que un ladrón estaba entrando en una de nuestras casas, se pondría a pitar y todos los vecinos saldrían a la calle pitando también para que el ladrón se asustara y huyera.

La idea funcionó: desde ese día todos teníamos el silbato en un lugar bien visible de la casa para usarlo cuando fuera necesario, pero nunca se usó porque la pandilla que robaba en el barrio se enteró de nuestra organización para defendernos de ellos y decidieron que mejor iban a robar en otras calles.

Pero esa no a todos les pareció la mejor solución. En el sector, como pasa en muchos barrios populares de esta Colombia, había un grupo paramilitar que, cansado de tantos robos y atracos, decidió proceder a la que llaman una "limpieza social", que consiste en matar a todas las personas que se consideren indeseables en el barrio. En el plazo de un mes, desaparecieron de la zona unos 20 jóvenes pandilleros y de muchos de ellos se encontraron los restos mortales en otros lugares de la ciudad, cortados en pedazos con motosierra.

La cosa nos estaba preocupando mucho y nos preguntábamos qué se podía hacer para parar ese horror.

Se nos ocurrió ir a conversar del asunto con el Obispo auxiliar de Cali, que estaba encargado de la zona pastoral donde nosotros vivíamos.

Nos acogió muy bien y nos escuchó con mucha atención. Luego nos propuso una idea: Él sabía, como muchos sabemos, que el ejército y los paramilitares de este país trabajan muchas veces de la mano y que esos últimos se encargan, en ocasiones, de hacer el trabajo sucio que el primero no puede hacer de frente sin ensuciar su reputación.

Nos dijo el Obispo que él conocía personalmente a uno de los dirigentes del ejército en Cali y pensó que podría ir a visitarlo, contarle los detalles de ese asunto, sin dar nuestros nombres, y ver con él de qué forma se podría parar esa racha de asesinatos.

Nos parecía algo arriesgado para nosotros porque era evidente que los sacerdotes que vivían en el sector serían los primeros sospechosos de haber informado al Obispo de tales acontecimientos, pero nos pareció que era un riesgo que había que correr. Le dijimos al Obispo que intentara ese diálogo.

El dirigente del ejército recibió al Obispo, lo escuchó, y le prometió hacer lo que pudiera para que se acabaran los asesinados en el barrio. El intento tuvo éxito: desde la semana siguiente, se acabó la desaparición y asesinato de jóvenes.

Habíamos conseguido que respetaran la vida de los muchachos y detuvieran la mal llamada limpieza social.

CAPITULO 22

MENORES DE EDAD PROSTITUÍDAS

En el barrio volví a mi trabajo de la venta ambulante de leche de soya. Durante los primeros meses, José Luis se dedicó también a ese trabajo, luego me dijo que sentía en él un profundo deseo de ser maestro y prefirió dejar la venta ambulante y ganarse la vida como profesor en un colegio del sector.

Por las tardes, íbamos visitando las familias del barrio para conocer la realidad y con la idea de proponer más adelante la formación de unas pequeñas comunidades. Poquito a poco, empezaron a surgir las primeras y cada semana nos reuníamos con ellas para acompañarlas en su camino de fe.

Un día, estaba conversando delante de nuestra casita cuando pasó una persona saludándome: " Buenas tardes, padre". En el mismo momento pasó una muchacha de

unos 14 años que, oyendo el saludo, se me acercó y me preguntó: “¿De verdad es usted un sacerdote?”. Cuando le confirmé mi identidad, me preguntó si podía conversar un rato conmigo.

Entramos a la casa, nos sentamos y ella comenzó a confiarme lo que la estaba angustiando. “Padre -me dijo- yo necesito que me ayude. Hace unos meses me escapé de mi casa porque no me encontraba bien con mis papás. Después de pasar unas noches en la calle, me encontré con un señor que me ofreció darme alojamiento y comida en su casa, si a cambio estaba dispuesta a ofrecerle unos servicios sexuales. Yo acepté su propuesta, pero, después de unos días, comenzó a llevar a la casa a unos amigos y me exigía que me acostara también con ellos; por cada servicio me daba mil pesos. Cuando vio que el negocio funcionaba, empezó a buscar a más muchachas entre las que iban desesperadas y sin rumbo por la calle, ofreciéndoles hospedaje. Hoy en día, en la casa de ese señor estamos viviendo unas diez muchachas entre los 11 y los 14 años; yo soy la mayor de ellas. Cada día llegan decenas de hombres. El dueño de casa sigue alquilándoles nuestros cuerpos y, mientras él gana mucho dinero, a nosotras sigue dándonos solo mil pesos por cada servicio. Estamos cansadas de esa vida de esclavas: ayúdanos, padre, a salir de esta esclavitud”.

Me explicó cuál era la casa donde ellas estaban recluidas y quién era el hombre que las estaba explotando. Me di cuenta de que lo conocía porque él tenía, en una esquina de la calle, un puestito de venta de zapatos usados para cubrir su verdadero negocio. Me acordé de que

un día había conversado con él y le había comprado unos zapatos fuertes, pantaneros, para moverme en el barro del barrio.

Le dije a la muchacha que me diera unos días para investigar qué podía hacer por ellas y la invité a volver después de una semana con otra compañera para planificar juntos una solución a su situación.

Buscando, encontré en Cali una comunidad religiosa dispuesta a acoger a las muchachas si ellas hacían una denuncia del caso.

Cuando la muchacha volvió a visitarme a la semana siguiente con una compañera, les propuse acompañarlas a la policía para denunciar ese caso de explotación de menores, asegurándoles que había un lugar donde serían acogidas de una manera digna y donde podrían seguir con sus estudios.

Fijamos un día y hora en la que ellas pensaban que podrían salir de la casa sin problemas. Nos citamos en la parada de un bus que nos llevaría a la policía y las acompañé a hacer la denuncia.

La policía quiso intervenir inmediatamente y me pidió que fuera en moto con uno de ellos para que les indicara cuál era la casa donde pasaban todas esas cosas y el punto donde el señor se ponía a vender los zapatos de segunda mano.

Fuimos con la moto a dar la vuelta y les indiqué todo lo que ellos necesitaban para intervenir. Después, mientras unos policías estaban poniendo por escrito todo lo que habíamos denunciado con la ayuda de nuestros testimonios, organizaron una batida con varias motos y

carros.

Fueron donde estaba el vendedor de zapatos y lo arrestaron. A continuación, se trasladaron a la casa donde las muchachas eran explotadas y allí encontraron a las otras ocho niñas. Llevaron todo el paquete, niñas y explotador, a la comisaría y, los muy imprudentes, los hicieron entrar a todos en la oficina donde estábamos nosotros tres. Así que el arrestado pudo darse cuenta exactamente de quienes éramos los que lo habíamos denunciado.

Protesté por ese hecho, pero ya era tarde. El arrestado fue procesado y le dieron 8 años de cárcel.

Las muchachas, después de haber hecho sus declaraciones, fueron llevadas a esa comunidad religiosa que se había comprometido a acogerlas. Yo volví a nuestra casa contento por haber colaborado a acabar con esa casa de explotación de menores, pero enfadado con la policía que había puesto en peligro mi seguridad y la de las dos muchachas que fueron conmigo a hacer la denuncia. ¡Quién sabe si ese hombre, desde la cárcel, no enviaría a alguno de sus amigos a vengarse de nosotros!

Por unos días, tuvimos un poco de miedo de posibles represalias y evitaba de pasar cerca de la casa donde el explotador de menores vivía, pero los meses pasaron y no tuvimos ningún problema por nuestra denuncia.

CAPITULO 23

¿MEJOR HACER OBRAS O VIVIR LA FRATERNIDAD?

El barrio de invasiones donde vivíamos en Cali era realmente un lugar peligroso porque a cada crecida del río nos tocaba huir y porque, habiendo atrás de cada casita una letrina, teníamos 1700 huecos de 2 a 3 metros de profundidad que, al llenarse de agua a cada desbordamiento del río, hacían temer que un día la corriente arrastrara todo el barrio.

El Gobierno nacional era consciente de ese riesgo y tomó la decisión de construir un gran barrio nuevo de 7 mil casas para colocar allí a la gente de nuestro sector y de otras invasiones de la ciudad que estaban en situaciones peligrosas: el barrio nuevo se llamaría "Potrero Grande" porque, antes de que empezara la construcción, en aquel lugar ahí había muchas vacas pastando.

Antes de que nosotros llegáramos al barrio, el Gobier-

no ya había registrado a todas las familias que tenían derecho a una casita en el nuevo barrio. Así que nosotros, llegados después de la última fecha hábil para anotarse, no teníamos derecho a una casa en Potrero Grande.

Vimos el comienzo de la construcción del nuevo barrio, que se encontraba a menos de media hora del nuestro, y cada tanto, junto a otros vecinos, íbamos a ver cómo progresaban los trabajos.

Llegó el día de la inauguración de la primera fase de 2000 casas, y en los días siguientes los habitantes del Jarrillón -así se llamaba nuestro barrio- comenzaron a trasladarse a sus nuevas viviendas en Potrero Grande. Eran casas chiquitas, que la gente tendría que pagar durante un período de quince años. Después, habrían podido construir unos metros más en la parte de atrás o hacer una losita y armar un segundo piso.

Vimos a todos nuestros vecinos irse del barrio hasta que quedamos solo unas pocas familias. A ese punto, decidimos ir a hablar con el Obispo de Cali para proponerle buscar en el barrio nuevo una casita que fuera posible alquilar y poder seguir acompañando a la gente y a las pequeñas comunidades que habían surgido. El Obispo escuchó nuestra propuesta y no nos contestó; dijo que lo iba a pensar.

Había llegado a la ciudad de Cali un movimiento católico, en su mayoría de gente rica y formado por laicos, religiosos y sacerdotes, que estaba buscando un barrio donde ir a instalarse. Cuando supieron del nuevo barrio que estaba naciendo, fueron a hablar con el Obispo y le dijeron que, si les confiaba a ellos la atención pastoral de

ese barrio, en pocos años le habrían construido iglesia, casa parroquial, escuela, centro de salud, comedor para niños pobres, emisora de radio, etc.

Entre esa propuesta y la nuestra de ir a vivir en una casita en medio de la gente, compartiendo su realidad, ganándonos la vida con la venta ambulante, promoviendo la hermandad y la organización popular, y construyendo solo lo que la gente era capaz de hacer compartiendo sus bienes, el obispo escogió la propuesta que llevaba dinero y obras, considerándola más evangelizadora que la nuestra de promover la fraternidad entre los pobres. Y así fue. El Obispo les confió a ellos Potrero Grande y nosotros nos quedamos solos en el terreno de nuestro antiguo barrio, en la orilla del río Cauca, que cada día se estaba despoblando más.

Nos había gustado mucho la ciudad de Cali y su gente y hubiéramos querido seguir trabajando insertos en algún otro sector de la periferia, pero nuestro Provincial no quiso. Nos dijo, y probablemente tenía sus razones, que si el Obispo había valorado más el dinero de aquel movimiento católico que nuestro intento de "hacernos pobres entre los pobres para enriquecerlos por medio de nuestra pobreza" (como dice san Pablo en 2 Corintios 8,9), lo más probable era que, al presentarse otra ocasión parecida, nos habría alejado de nuevo. Nos propuso ir a vivir a Tumaco (Nariño), en el suroeste de Colombia, a orillas del Pacífico, para volver a armar allá nuestra propuesta de presencia de inserción en una invasión de afros, en la periferia de la ciudad.

Nuestra presencia en Cali había durado poco más de

un año y nos costó abandonar un trabajo y una presencia que estaban recién floreciendo.

A las pocas semanas viajamos a Tumaco.

CAPITULO 24

TIERRA PA' MI PUEBLO

Durante mi vida en Tumaco (Colombia) (2007-2014)

La ciudad de Tumaco se asienta en una pequeña isla ubicada en el Océano Pacífico, a pocos metros de la tierra firme en el extremo suroeste de Colombia. La población de la ciudad se acerca a los 100.000 habitantes y el 90% de ella está compuesta por afrocolombianos. Cómo ya no había espacio en la isla para construir nuevas viviendas, en las últimas décadas del siglo pasado la gente había empezado a invadir zonas en la tierra firme frente a la isla para encontrar espacios donde vivir.

No muy lejos de la isla de Tumaco, una empresa construyó hace unas décadas una carretera, cortando manglares y echando piedras, para conectar la calzada gran-

de de la zona con una pequeña isla donde iba a construir una fábrica. En la última década del siglo pasado, centenares de familias, desplazadas por el conflicto armado, muy cruento en esa zona del país, llegaron a Tumaco desde pueblitos de la selva. Comenzaron a invadir los bosques alrededor de esa carretera y construyeron centenares de casitas sobre el agua del mar, conectándolas con dicha carretera con puentecitos de caña guadua.

Fue así como nació el barrio Nuevo Milenio donde, con el P. José Luis, llegamos a vivir en el mes de mayo de 2007. En ese tiempo, ya habían llegado al barrio unas 1.500 familias.

Dedicamos los primeros meses a ir visitando el barrio, haciéndonos presentes, casa por casa, en casi todas las familias, buscando tejer lazos de confianza y amistad con la gente, y tratando de entender la realidad que nos rodeaba y los problemas que se vivían en el sector.

Nos dimos cuenta pronto de que en el barrio había solo casas, sin casi espacio para obras de servicio comunitario. Para toda esa gente no había ningún centro de salud. Existían tan solo dos saloncitos para los primeros grados de la escuela primaria. No había jardines, colegios, sala comunitaria para reuniones, un parquecito o una zona verde, ni tampoco una cancha para hacer un poco de deporte.

Descubrimos también que, en un sector del barrio, había quedado un amplio espacio sin construir, que nadie se había atrevido a invadir. Informándonos del porqué, nos dijeron que un señor, que no vivía en el barrio, afirmaba de ser el propietario de ese gran terreno y que,

como era amigo de grupos paramilitares armados, nadie se atrevía a pisarlo.

Vimos que el terreno era ideal para crear una serie de obras para el servicio de la gente, como habría podido ser un gran colegio, un centro de salud, un salón comunal, una cancha o una iglesia. Hablando con las autoridades del barrio, decidimos empezar los trámites para que ese terreno fuera entregado a la junta comunal para alojar las obras sociales que los moradores del barrio decidieran promover.

Junto con la presidenta del barrio, fui a hablar con las autoridades ciudadanas encargadas de los terrenos baldíos puestos en la orilla del mar y nos dijeron que ese señor afirmaba tener una escritura de la tierra en cuestión y que estaba pensando en dividirlo en 60 lotes para venderlos a quienes quisieran construir sus casas en ese lugar.

La cosa nos pareció rara, porque la ley no permitía dar escrituras sobre terrenos donde la marea subía periódicamente inundándolos. Profundizando el tema, descubrimos que la escritura del terreno que él tenía era real y firmada por un notario, pero ese notario no habría debido firmarla porque no se podían dar títulos de propiedad para ese tipo de lugares. Eso nos llevó a sospechar que el supuesto propietario había corrompido al notario para que firmara una tal escritura.

La autoridad ciudadana nos dijo que siguiéramos con esos trámites porque, aunque la cosa hubiera sido larga, habríamos podido ganar el conflicto y conseguir el terreno para el servicio del barrio. Nos pidieron una lista

larguísima de documentos que, poco a poco, conseguimos en cien oficinas del país: permiso del municipio, de la empresa del agua potable, de la empresa eléctrica, del ejército nacional, de la oficina de control de las costas del país, de la oficina de asuntos ecológicos, de la junta comunal, de la consistencia del terreno en cuestión, carta topográfica de la zona, permiso de la oficina de turismo, de la autoridad portuaria, proyecto de las obras a construirse firmado por ingeniero, permiso de los bomberos etc.

Pasamos mese consiguiendo toda la documentación. Mientras, el supuesto dueño del terreno nos hizo llegar amenazas, nos invitó a desistir del intento y animó a unos presuntos compradores de sus lotes a comenzar a construir. También nos ofreció un espacio para construir la iglesia, si dejábamos de pelear, pero no aceptamos porque nos interesaba todo el terreno para el servicio de la gente, no solo un pedazo para la iglesia.

Cada 15 días, iba con la presidenta del barrio donde las autoridades para insistir sobre nuestra petición y nos dio la impresión de que el pretendido dueño del terreno estaba corrompiéndolas para que nos complicaran los trámites y nos cansáramos de nuestro intento. Por fin, conseguimos que las autoridades abrieran un juicio contra él y lo perdió. En lugar de abandonar, el supuesto propietario presentó un recurso a la autoridad superior a nivel de departamento y, mientras tanto, seguía moviendo los hilos para que no nos entregaran el terreno.

No consiguió cansarnos: cada 15 días caíamos donde las autoridades de la ciudad, seguros que, tarde o tem-

prano, ganaríamos la pelea. Me acuerdo del día en que una familia, animada por nuestro contrincante, limpió un lote y comenzó a construir una casita de madera en el terreno. De noche, fuimos unos cuantos al terreno, desarmamos lo que habían construido y enterramos los palos bajo tierra para que desistieran de su intento. Vinieron a nuestra casa a amenazarnos, pero nada más pasó.

Se trató del conflicto más largo que tuve en toda mi vida. Estuve 6 años atrás del asunto y esperaba no salir de Tumaco antes de ganar el caso. No fue posible. Cuando llegó el día de mi salida de Tumaco, las cosas habían adelantado mucho, pero ese señor seguía con sus líos judiciales, lo que no nos permitía empezar las obras en el terreno.

Mis sucesores en el barrio consideraron que, después de tantos años de lucha, no era justo que por mi salida la cosa parara y siguieron la pelea. Después de otros 5 años de lucha, se ganó la batalla. El dizque dueño del terreno recibió una orden definitiva de parte del Estado de retirarse del mismo. El lugar fue entregado oficialmente a la comunidad y a la fecha de hoy (año 2020) han empezado las primeras obras para hacer de ese gran terreno un lugar al servicio de la comunidad.

Fue un poco peligroso enfrentarse con amigos de paramilitares y con autoridades que se habían dejado corromper, pero nuestra resistencia, nuestra perseverancia y nuestra fidelidad a la causa del pueblo dio resultados y ganamos esa "tierrita pá mi pueblo".

“He venido a traer fuego a la tierra”

CAPITULO 25

AMENAZAS PARAMILITARES

Mientras el conflicto para el terreno seguía lentamente su curso, nuestro trabajo pastoral en el barrio Nuevo Milenio de Tumaco comenzaba a dar sus frutos. Yo me dediqué, sobre todo, al mundo de los adultos y, un poco a la vez, nacieron 8 pequeñas comunidades que se encontraban con un ritmo semanal. Por un tiempo, también estuve promoviendo y acompañando a una cooperativa de producción de chocolate.

José Luis se dedicó más bien al mundo juvenil: durante un tiempo animó una escuelita para adolescentes analfabetos que, por distintos motivos, no habían podido estudiar. Después, se dedicó a la construcción de un centro juvenil que ofrecía a los jóvenes del barrio una serie de propuestas para ayudarlos a no caer en la tentación de meterse en un grupo armado o en pandillas juveniles, dedicadas al atraco, al microtráfico y al consumo de es-

tupefacientes. El centro ofrecía una sala para reuniones formativas, una biblioteca, una sala de computación, una canchita para deportes y varios compromisos de servicio a la comunidad y de promoción de la paz. Varias decenas de jóvenes y adolescentes habían empezado a participar en las actividades del centro.

Evidentemente, ese tipo de servicio comenzó a molestar a los narcotraficantes y a los grupos paramilitares presentes en el territorio y los problemas empezaron.

Un día, llegó al centro juvenil un muchacho de unos 15 años, armado con una pistola, y amenazó a los jóvenes presentes, diciéndoles que no participaran más en sus actividades si no querían meterse en problemas. Varios muchachos, asustados, dejaron de participar.

Nos reunimos en nuestra comunidad comboniana, nos hicimos aconsejar por gente experta en ese tipo de problemas, y decidimos preparar una carta para el jefe paramilitar de nuestro barrio en la que se le pedía que se respetaran las actividades del centro juvenil. A invitación nuestra, el Obispo de Tumaco aceptó firmar la misiva.

Yo no conocía personalmente al jefe paramilitar, pero sabía cuál era su casa y fui a entregarle la carta. No estaba en la casa y se la entregué a su esposa, pidiéndole que se la diera a su marido.

Una semana más tarde, iba caminando por el barrio cuando se me acercó un señor y me pidió conversar conmigo. Quería hacerlo en un lugar apartado y no delante de todos, explicándome que había recibido esa carta y quería hablar del asunto. Lo invité a nuestra casa. Me dijo que le había extrañado recibir la carta porque, según él,

ese muchacho no tenía nada que ver con su grupo armado. También me dijo que él siempre había respetado las actividades de la Iglesia y que habría mandado castigar a ese muchacho, que conocía porque vivía en el mismo puente sobre el agua donde él vivía. Le pedí que, al castigarlo, le respetara la vida y el señor se fue.

Después de pocos días el jefe paramilitar volvió a presentarse a nuestra casa y esa vez era para pedir un favor. Me dijo que su grupo le había encargado matar a un joven a quien él no lo quería matar por ser un amigo y vecino suyo y quería ayudarlo a huir del barrio antes que fuera demasiado tarde. Me pedía que le diera 50.000 pesos para comprarle un pasaje de bus de modo que el muchacho huyera a Cali y él tuviera una excusa para no tener que matarlo. Nunca supe si el muchacho del que me hablaba era el mismo que había entrado armado a nuestro centro juvenil. Le contesté que nunca le habría dado ese dinero porque no acostumbraba a financiar grupos paramilitares y que no entendía por qué un grupo como el suyo, que extorsionaba y traficaba con drogas, necesitaba nuestro dinero. Me dio la impresión de que quería cobrarme una "vacuna", así que le dije claro que para él y para su gente no habría ni solo centavo. Para finalizar, añadí que, si ese muchacho de verdad estaba en peligro, que viniera él en persona a pedirme el dinero y que en ese caso tal vez lo ayudaríamos para que salvara su vida. El señor se fue bravo de nuestra casa, profiriendo una media amenaza y diciendo que ahora sí sabía quién era su amigo y quien no lo era...

Más tarde, temimos que aquel muchacho fuera asesinado.

nado y fuimos a visitarlo, ofreciéndole el pasaje a Cali si estaba en peligro. El joven nos dijo que no se sentía amenazado y que no tenía intención de alejarse del barrio.

No entendimos exactamente lo que había pasado. El fruto de ese conflicto fue que el muchacho no volvió a amenazar a los jóvenes que participaban en el centro juvenil, que progresivamente volvieron a frecuentarlo.

Por otro lado, el jefe paramilitar entendió que no nos iba a manejar tan fácilmente, ni a sacarnos dinero presionándonos e intentando asustarnos. Por unos días, sentimos un poco de miedo, temiendo que tomara represalias contra nosotros, pero parece que nuestro enfrentamiento a él fue positivo el hombre aprendió a respetarnos y dejó de molestarnos.

CAPITULO 26

DOS CONFLICTOS EN SILENCIO

Durante mi vida en Altos de Cazucá (Periferia Sur de Bogotá - Colombia) (2015...)

Después de casi ocho años en la periferia de Tumaco, mis superiores me propusieron una presencia en el barrio de Altos de Cazucá (municipio de Soacha) en la periferia sur de Bogotá.

No se trataba de asumir una parroquia, sino de acompañar a las 500 familias afro presentes en ese sector, siendo miembro de un equipo inter congregacional con dos hermanas Juanistas y una laica de una fraternidad inspirada en Carlos de Foucault.

En estos primeros 5 años vividos ahí, hemos tenido más de un conflicto con los grupos paramilitares y nar-

cotraficantes presentes en el barrio, pero por haber sido recientes y por el hecho de estar viviendo todavía en ese sector, no considero oportuno relatarlos en este libro para evitar poner en peligro a mi persona y a otros vecinos involucrados en los acontecimientos.

Pero no quiero terminar este libro sin contarles por lo menos dos de esos conflictos, que tienen la particularidad de haberse desarrollado en silencio.

Un día estaba sentado en mi casa, con la puerta abierta como siempre acostumbro a estar, cuando veo que, justo delante de mi vivienda, cuatro jóvenes armados, dedicados al microtráfico de drogas en el sector, habían agarrado a un señor. Posiblemente uno de sus clientes que no había pagado una deuda de drogas fiadas. Los muchachos habían tirado al piso al hombre y le estaban dando unas fuertes patadas en todo el cuerpo, como si quisieran matarlo a golpes.

Me pregunté qué hacer. La primera idea fue salir a la calle y enfrentarme con ellos, pero la prudencia me dijo que un viejo desarmado enfrentándose con cuatro jóvenes armados habría terminado en dos asesinatos en lugar de uno solo.

La segunda idea fue cerrar la puerta dejando que lo mataran, pretendiendo que no había visto nada. Me di cuenta inmediatamente de que se trataba de una tentación que tenía que rechazar.

Entonces, ¿qué hacer?

Después de unos instantes me vino una intuición: salí a la puerta de mi casa, puse las manos sobre mis caderas y me puse a mirar intensamente, en silencio, a cada uno

de los cuatro jóvenes. Ellos, cuando se dieron cuenta de mi presencia y de mi mirada, tomaron consciencia de que lo que estaban haciendo no estaba bien y dejaron de dar patadas.

La víctima aprovechó el momento para levantarse y salir corriendo. Los jóvenes, lo dejaron huir y, bajando los ojos, se alejaron en silencio.

Se salvó una vida sin decir una sola palabra. Temí durante unos días que se desquitaran por lo que había pasado, pero no sucedió nada: me di cuenta de que, con mi estilo de vida, había ganado su respeto.

Hay otro conflicto "medio silencioso" que estoy viendo, pero que también me ha acompañado, en modalidades un poco distintas según los lugares donde he vivido, durante los últimos treinta años.

No se trata de una pelea abierta con alguien en concreto, sino de una opción de vida que entra en conflicto con un modelo de sociedad que la mayoría de la gente asume como suyo.

La sociedad que nos rodea nos está diciendo, cada día y de mil maneras, que uno es feliz cuando tiene más y más cosas: más dinero, una buena cuenta bancaria, el último celular, un buen carro, una computadora de última generación, un televisor con pantalla gigante...

Hace casi treinta años, opté por una vida un poco austera. Eso significa no tener ni carro, ni celular, ni computadora, ni televisión, ni nevera, ni lavadora, ni horno... y vivir de mi trabajo manual, produciendo cada mañana unos 15 litros de leche de soya para luego salir a la calle a venderlos, gritando para ofrecer mi producto, como

muchos vendedores ambulantes hacen.

Eso permite vivir con la puerta abierta, porque no hay nada que robar; permite compartir un poco la vida de los más pobres del barrio y su lucha por la sobrevivencia, y permite sentir la necesidad de que los vecinos te ayuden. Pero, sobre todo, permite cuestionar a la sociedad no tanto con discursos, sino con un estilo de vida. Se trata de un modo de vivir que no busca su felicidad en el poseer muchas cosas, sino en un encuentro cotidiano y profundo con Dios y en una relación de fraternidad, de solidaridad, de cercanía con los vecinos, que te lleva a experimentar la ternura de los pobres.

En mi trabajo pastoral en el mundo afro de este barrio no he tenido en estos años muchos frutos que se puedan contabilizar y demostrar, como los he tenido en otras experiencias pastorales anteriores. Pero me doy cuenta de que el tipo de conflicto que estoy viviendo con nuestra sociedad consumista, sí está produciendo frutos.

En estos años aquí, como ya había pasado en otras anteriores experiencias de inserción en barrios marginales, son centenares las personas y grupos que vienen a visitarme, atraídos por la curiosidad de conocer a un cura raro que vive de esa forma.

Me he dado cuenta de que mi estilo de vida, más que los discursos, ha cuestionado a varias personas, que se van de mi casa con muchas inquietudes adentro.

Varias personas han vuelto a visitarme y me han contado que, a partir de ese encuentro, han tomado nuevas decisiones en sus vidas, han dado pasos nuevos en su caminar, han asumido compromisos alternativos, dejando

de buscar su felicidad en las cosas y en el dinero, poniendo su confianza en Dio y en la solidaridad con los más pobres. Han descubierto que un estilo más austero los está volviendo más libres, más contentos, más capaces de hacerse hermanos con los marginados y de luchar a su lado por cambios en la sociedad que la hagan más justa.

Es gente que descubre que el Reino de hermandad y justicia que Jesús ha venido a anunciar no se construye con las grandes estructuras, con el poder, con el mucho dinero, sino con una fraternidad construida con los más pobres a partir de un compartir su vida, de un caminar con ellos, de un creer en los medios pobres o, como dice el papa Francisco en su carta "La alegría del Evangelio", tocando la carne sufriente de Cristo en los pobres, oliendo a oveja y redescubriendo el gusto espiritual de ser pueblo.

“He venido a traer fuego a la tierra”

CONCLUSIÓN

Antes de sacar la conclusión de este recorrido a lo largo de 50 años de mi vida, he querido volver a leer lo que había escrito y he visto que los conflictos que he vivido han sido de tipos muy distintos: unos con ricos, terratenientes, explotadores y asesinos, otros con autoridades políticas, paramilitares o religiosas, y otros han sido más bien conflictos interiores, vividos a solas o compartidos con otras personas.

Leyendo todo esto, la primera impresión que me dio fue que yo había pasado mi vida solo peleando. Pero, en realidad, 25 conflictos en 50 años significan solo un conflicto cada dos años. Y, entre un conflicto y otro, han pasado muchos meses tranquilos, dedicados a un convivir con los vecinos, a una actividad pastoral entre la gente.

Hay una imagen que saco, una vez más, de la carta del papa Francisco "La alegría del evangelio", en el número 31, que creo describe bien lo que he intentado vivir en

todo este tiempo. “El pastor- dice el Papa- por momentos está delante de su grey para indicar el camino y cuidar la esperanza del pueblo”.

Creo que es, sobre todo, en esos momentos que la actividad del pastor lo lleva a conflictos para salvar a las ovejas de los ataques del lobo y de quienes quieren quitarles los pastos verdes y el agua fresca y abundante, que les permita de vivir una vida digna y plena.

“Otras veces, el pastor estará simplemente en medio de todos con su cercanía sencilla y misericordiosa”. Son los momentos que nos permiten entender mejor lo que la gente vive, de estar a su lado en las dificultades, de acompañarlos en la búsqueda de soluciones a sus angustias, de alegrarse con ellos por su capacidad de vivir en solidaridad, de aprender de ellos, primeros destinatarios de la Buena Nueva, a acogerla y a vivirla con gratitud.

“En ocasiones, el pastor deberá caminar detrás del pueblo para ayudar a los rezagados y, sobre todo, porque el rebaño mismo tiene su olfato para encontrar nuevos caminos”. Eso no siempre es fácil. Hay veces en que esta actitud se enfrenta con nuestro orgullo, con nuestro creer que lo sabemos todo. Pero ¡qué lindo es cuando aprendemos a acoger y valorar aquellas perlas que brotan desde el corazón del pueblo pobre! Cuando los pastores lo permitimos, ellas enriquecen la vida de la sociedad y de la Iglesia.

Pero volvamos a la pregunta que había planteado en la introducción de este libro: ¿Por qué dijo Jesús haber venido a traer fuego a la tierra y a crear divisiones entre

los seres humanos?

Después de todo lo que hemos leído en estas páginas creo poder decir, a partir de mi experiencia, que la vida cristiana es vivir en el amor, promover la fraternidad, ser tiernos y cariñosos, saber perdonar... Pero el mensaje de Jesús nos llama también a comprometernos en el cambio social.

No se puede vivir como hermanos mientras haya personas que dediquen su vida a acumular bienes quitándolos a los demás, a crear estructuras que promuevan una sociedad donde los ricos sean siempre más ricos y los pobres siempre más pobres. No podemos dedicarnos solo a darnos besos y abrazos mientras otros se dedican a promover relaciones humanas basadas en la violencia de los más fuertes, marginando a los débiles que son tratados como objetos desechables.

En todas estas situaciones, que tristemente son muy frecuentes en nuestra sociedad, el amor que Jesús nos ha enseñado nos lleva a entrar en conflicto, cosa que él mismo hizo varias veces, a traer fuego a la tierra, a estar listos a arriesgar algo para que pueda hacerse real, poquito a poco, el sueño de Dios de una sociedad de hermanos.

“He venido a traer fuego a la tierra”

